

JOSÉ SÁNCHEZ PAREDES y MARCO CURATOLA PETROCCHI
Editores



Capítulo 17



LOS ROSTROS DE LA TIERRA ENCANTADA

Religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo

Homenaje a Manuel Marzal, S.J.

Los rostros de la tierra encantada: religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo. Homenaje a Manuel Marzal, S.J.

José Sánchez Paredes, Marco Curatola Petrocchi, editores

© José Sánchez Paredes, Marco Curatola Petrocchi, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

© Instituto Francés de Estudios Andinos, UMIFRE 17, CNRS-MAE

Av. Arequipa 4500, Lima 18, Perú

Teléfono: (51 1) 447-6070

Fax: (51 1) 445-7650

postmaster@ifea.org.pe

www.ifeanet.org

Este volumen corresponde al tomo 304 de la Colección «Travaux de l'Institut Français d'Études Andines» (ISSN 0768-424X)

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, junio de 2013

Tiraje: 600 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-35-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-06874

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300246

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

EL DESAFÍO URBANÍSTICO EN LA MISIÓN JESUITA DE MAYNAS (1637-1768)

Sandra Negro Tua

Pontificia Universidad Católica del Perú

Territorio y fronteras

La misión jesuítica de Maynas se desarrolló en un territorio cuyos límites fueron variando a lo largo de los 130 años de su permanencia. Durante la etapa de apogeo abarcaba parcialmente las riberas de los ríos Marañón, Pastaza, Parana Puras, Tigre, Napo, Putumayo, Aguarico, Ucayali, Pachitea, Yavarí, Nanay, y naturalmente las orillas e islas del río Amazonas¹, extendiéndose hasta la confluencia con el río Negro a inmediaciones de la ciudad de Manaos (en el actual Brasil). Sin embargo, a medida que se fue consolidando la expansión portuguesa a partir de comienzos del siglo XVIII, la misión fue forzada a replegarse hasta la confluencia y desembocadura del río Yavarí en el Amazonas, que se convirtió en la frontera colonial de la Corona española hasta la expulsión de los jesuitas de la región en 1768. En definitiva, podemos afirmar que el territorio más permanente de la misión fue el actual departamento peruano de Loreto.

La misión debe su nombre a la etnia amazónica *mayna*, que habitaba en las estribaciones de los ríos Morona y Pastaza, afluentes de la margen izquierda del río Marañón. A partir de 1638, el nombre *Maynas* se extendió a toda la región del Alto Amazonas, debido, fundamentalmente, a la presencia evangelizadora de los religiosos de la Compañía de Jesús. En 1656, el virrey Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Liste, decidió que «el gobierno de Mainas abarcaba todas las provincias donde los jesuitas estuvieren fundando misiones [...]» (Tobar Donoso & Luna Tobar, 1982, pp. 18-19). Las reales cédulas de 1682 y 1683 confirmaron este territorio y sus habitantes para que fuesen evangelizados por los miembros de la Compañía de Jesús.

¹ Fue el misionero padre Samuel Fritz quien fundó la Misión Baja del Marañón (Amazonas) con su sede principal, la reducción de San Joaquín de Omaguas, en 1686. A partir de allí, fue estableciendo numerosos poblados en los islotes y riberas del Amazonas, hasta alcanzar un total de 52 reducciones.

A pesar de ello, nunca existió una frontera totalmente definida, en gran medida debido a la geografía particular de la Amazonía. Esta imposibilidad de señalar límites concretos ocasionó algunos desacuerdos y disputas —con los franciscanos al sur y con los dominicos al oeste— en relación con las etnias que debía evangelizar cada una estas tres órdenes religiosas.

Para poder ingresar a este territorio se fueron estableciendo a través de los años hasta siete diferentes rutas de acceso, todas ellas muy difíciles, ya sea debido a que los ríos eran caudalosos, o se trataba de zonas con pasos a pie por cuevas abruptas o muy inclinadas. Otros caminos, en cambio, cruzaban por áreas pantanosas o a través del territorio de indios hostiles. Debemos considerar, además, que casi todas las rutas propuestas tenían como punto de partida la ciudad de Quito, ya que entre los siglos XVI y XIX acceder a dicha región desde Lima, capital del virreinato del Perú, era una empresa de mayor envergadura. Esto se debía no solamente a la gran distancia existente, sino también a la imperativa necesidad de cruzar los Andes, para alcanzar la Amazonía, todo lo cual repercutía negativamente en tiempo y costos. Debido a tales circunstancias geográficas, la misión de Maynas dependió siempre en lo espiritual de la Compañía de Jesús de la provincia de Quito.

Esta situación peculiar llevó a los religiosos y demás viajeros que se desplazaban por tan difícil región a privilegiar dos de las rutas de acceso. La primera de ellas salía desde Quito y se dirigía al sur hasta llegar a las localidades de Loja y Zamora (en el actual Ecuador). Prosiguiendo hacia el sureste cruzaba el pongo de Manseriche en el Perú y alcanzaba por último el río Santiago, que facilitaba la llegada a las reducciones de San Francisco de Borja y Santiago de Laguna en la misión alta del Maraón. El viaje debía realizarse en parte a pie, sobre lomo de bestia y en navegación fluvial —usando generalmente canoas y almadías— y se debía recorrer una distancia aproximada de 1700 km en total.

La segunda ruta también partía de Quito; pero en este caso era necesario encaminarse por tierra hacia el este geográfico, para llegar a las ciudades de Baeza² y Archidona (en el actual Ecuador). A corta distancia de ahí se hallaba el puerto del Napo, desde donde se proseguía el viaje, hasta llegar a la confluencia con el río Aguarico. Siempre manteniéndose en el río Napo era necesario continuar la navegación hasta la confluencia con el río Amazonas. Esta senda facilitaba el acceso a las reducciones situadas en la misión baja del Maraón y entre ellas su

² Fue Gil Ramírez Dávalos quien, el 14 de mayo de 1559, fundó la primera ciudad española en la gobernación de Quijos, asignándole el nombre de Baeza de la Nueva Andalucía. Recibió del Virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, el nombramiento de gobernador de Quito el 9 de septiembre de 1556. El 15 del mismo mes y año, mediante providencia firmada en Lima, se le añadió la comisión de conquistar y poblar los territorios de Quijos, Sumaco y la Canela. Desempeñó el cargo hasta el 7 de julio de 1559, fecha en que fue legalmente reemplazado por Melchor Vásquez de Ávila.

sede principal, la reducción de San Joaquín de Omaguas. Si bien este itinerario era ligeramente más largo que el anterior, tenía la ventaja de que la mayor parte del trayecto se podía hacer por vía fluvial. Los cronistas nos informan que usualmente eran necesarios dos meses desde Quito hasta la reducción de Santiago de la Laguna, en la misión alta del Marañón —donde residía generalmente el superior de la Compañía de Jesús— y unas seis semanas para hacer el recorrido desde Quito hasta Omaguas.

La historia de la fundación y desarrollo de las reducciones jesuíticas es muy compleja y con grandes altibajos debido a factores muy diversos que imposibilitan una generalización a través del tiempo. El primer aspecto por considerar es el innegable hecho de que las primeras reducciones pudieron ser fundadas y prosperar debido fundamentalmente a que se apoyaron en los varios asentamientos preexistentes —denominados por entonces «ciudades y villas»—, establecidos por españoles en distintas áreas de la región del Alto Amazonas, a partir de mediados del siglo XVI y durante el primer tercio del siglo XVII.

La fundación de las «ciudades de conquista» (1536-1638)

La exploración de la Amazonía por parte de los españoles durante el siglo anterior a la llegada de los jesuitas a la región se desarrolló en dos periodos, el primero de los cuales abarcó entre 1536 y 1571. Los viajes iniciales de reconocimiento y conquista se llevaron a cabo por varios capitanes españoles comisionados por Francisco Pizarro en 1535, con la finalidad de incorporar nuevas posesiones a la Corona española, establecer encomiendas y hallar riquezas en metales preciosos. En la primera «entrada», Pizarro encomendó al capitán Juan Porcel de Padilla la conquista de nuevas tierras en la región que se denominaba «Bracamoros» y que constituía un extenso territorio que abarcaba desde las desembocaduras de los ríos Zamora y Chinchipe al norte y se prolongaba hasta las orillas del río Santiago al este, y las inmediaciones del río Marañón al sur. Porcel ingresó acompañado de una numerosa tropa y en 1536 fundó la ciudad de Nueva Jerez de la Frontera en la confluencia de los ríos Chinchipe y Marañón, lo cual constituyó la primera fundación de la actual ciudad de Jaén de Bracamoros, en el departamento de Cajamarca. Dos años más tarde, en 1538, el capitán Pedro de Vergara ingresó a esta misma región para conquistar a los «Bracamoros del norte» y fundar la ciudad de Bilbao, la misma que desapareció casi inmediatamente ya que Vergara debió retornar a Lima para combatir al lado del pacificador Cristóbal Vaca de Castro en contra de Diego de Almagro «el Mozo».

Estas dos primeras conquistas de territorios inexplorados impulsaron a otros militares españoles a proseguir la exploración de los «Bracamoros». Para poder alcanzar este objetivo era imprescindible el establecimiento de puestos de avanzada

militar que sirviesen como campamentos semipermanentes desde donde pudiesen partir las diversas «entradas» a territorios desconocidos.

Con este objetivo en mente, los primeros conquistadores se dedicaron con gran efervescencia a la fundación de poblados estables que facilitasen a los españoles sujetar y dominar a los habitantes locales. El objetivo principal era organizar las encomiendas necesarias para explotar los ricos tesoros que supuestamente se escondían en la selva. De esta manera, se fundaron sucesivamente «ciudades» tales como Ávila, Chirinos, Perico, Zamora, Loja, San Juan de la Frontera de Chachapoyas, Santiago de los Valles de Moyobamba y otras, todas ellas con un número de vecinos empadronados que supuestamente debía alcanzar los treinta individuos³, tal y como estipulaban las ordenanzas españolas. El planteamiento urbano del asentamiento en cuadrícula se mantuvo, así como el trazado de las calles rectas hechas «a regla y cordel», dejando libre una manzana central cuadrangular para la plaza mayor. En las manzanas que rodeaban la plaza se hallan documentados casos de establecimiento de cabildos, así como la construcción de la iglesia y algunas precarias viviendas.

Estas primeras fundaciones no perduraron ya que las condiciones geográficas amazónicas eran muy diferentes de las andinas, sin contar que las sociedades que la habitaban no tenían el nivel de desarrollo sociocultural que los españoles habían conocido en otras regiones. Tales dificultades iniciales se vieron frecuentemente acompañadas por el requerimiento de los militares para combatir sublevaciones y enfrentamientos en las regiones costeras y andinas del virreinato del Perú. Esto ocasionaba el obligado abandono de las nuevas ciudades, las cuales se despoblaron y tendieron a desaparecer rápidamente. Dichas tempranas fundaciones cesaron con la aplicación de la Real Cédula del 16 de abril de 1550, que prohibía la exploración de la Amazonía, bajo pena de muerte y confiscación de todos los bienes.

Unos años más tarde, ciertos militares españoles comenzaron a ejercer presión sobre el virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, con objetivo de reiniciar la exploración de la selva. Finalmente, en 1556 obtuvieron el tan ansiado permiso de la Corona. Los militares estaban anhelosos de partir a estos nuevos horizontes, los cuales debían, supuestamente, enriquecerlos fácilmente. Al mismo tiempo, esta suponía una oportunidad para rendir un servicio a la Corona española —al ampliar sus posesiones de ultramar—, el cual podría ser retribuido, en cualquier momento, con alguna renta o cargo público. Paralelamente al otorgamiento de nuevas licencias para la conquista de territorios amazónicos, el virrey decidió reorganizar la región de los Bracamoros y creó las gobernaciones de Yahuarzongo y Bracamoros.

³ En ciertos casos, el número de habitantes solamente fue de quince o veinte pobladores. Considerando la escasez de españoles en la región, varias de las tempranas ciudades se fundaron con un número más pequeño de vecinos que el indicado por las ordenanzas españolas del siglo XVI.

Las nuevas ciudades que se fundaron a partir de 1556 estaban orientadas no solamente a la toma de posesión del espacio físico conquistado, sino también a las primeras explotaciones de yacimientos auríferos. La figura que destacó por estas décadas fue la del capitán Juan de Salinas Loyola, quien fundó las ciudades de Valladolid (1557, en la margen izquierda del río Chinchipe), Loyola (1557, en la margen derecha del mismo río) y Santiago de las Montañas, (1558, en las cabeceras del río Santiago, con 35 españoles a quienes repartió encomiendas). En ese mismo año fundó las ciudades de Santa María de Nieva (en la confluencia de los ríos Nieva y Marañón), donde se establecieron 27 españoles que lo acompañaban en la expedición, y Logroño de los Caballeros (posteriormente renombrada Logroño del Oro). Durante los doce meses siguientes, Salinas Loyola y sus hombres decidieron explorar el río Ucayali a través del territorio de las etnias cocama y conibo. La pérdida de soldados por muerte o desertión fue tan grave que se vio obligado a regresar a Santiago de las Montañas, lugar que halló abandonado; luego confirmó que habían corrido igual suerte Valladolid, Loyola y Santa María de Nieva.

Entre las causas más frecuentes por las cuales las ciudades fueron abandonadas estaban las sublevaciones y ataques de los indígenas debido al abuso de los encomenderos, lo cual generaba el temor de los pocos españoles que allí residían. Por otro lado, se hallaban los potencialmente graves problemas de salud debido al contagio de enfermedades endémicas o epidémicas. Adicionalmente existían las constantes dificultades de abastecimiento en general, ya que este debía realizarse casi exclusivamente por vía fluvial. Finalmente, siempre estaba presente el oculto temor de que los nuevos pobladores —quienes eran militares— fuesen requeridos en otro lugar por el virrey o el gobernador de turno.

Esta etapa finalizó en 1570 debido a una gran revuelta de los indios jíbaro contra los encomenderos españoles, debido a los sistemáticos abusos que estos cometían. Esta etnia destruyó e incendió varias ciudades durante una rebelión que duró un año y que marcó el fin de un periodo corto, pero lleno de inquietudes. A este hecho hay que agregar la constante necesidad de repoblar las ciudades recién fundadas, o peor aún, trazarlas nuevamente y reedificarlas por completo.

En el último tercio del siglo XVI comenzó la segunda etapa que duró hasta 1635. Durante este periodo se retomó activamente el impulso fundacional. A inicios de 1574 se había calmado definitivamente la violencia desatada por el levantamiento de los jíbaros y renació la atracción por el establecimiento de nuevas ciudades. La vinculación de estas con el hallazgo de ríos que arrastraban arenas auríferas condicionó su ubicación y establecimiento. Fue así que surgieron ciudades con las denominaciones de Sevilla del Oro (hoy Macas, situada a orillas del río Upano, Ecuador), Logroño de los Caballeros (fundada en 1568 y más tarde llamada Logroño del Oro) y Alcalá del Río Dorado. También pertenecen a este periodo las ciudades de Baeza de la Nueva Andalucía, Ávila (segunda fundación),

Archidona, Maspá y otras. Paralelamente se repoblaron dos ciudades que fueron abandonadas entre 1560 y 1570: Santiago de las Montañas y Santa María de Nieva, las cuales constituyeron un puesto de avanzada para el futuro desarrollo de las reducciones misionales jesuíticas.

La riqueza generada por el oro se convirtió en el eje de la economía local. Un ejemplo de la abundancia y calidad de las arenas y pepitas de oro extraídas de los placeres situados en la alta Amazonía aparece en las Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito, donde se afirma que

[...] han descubierto y labrado muchos mineros de oro y se labran, en que se han sacado puntas y granos de gran grandor, como ha sido la que tiene Su Majestad en poder de su guardajoyas, que pesa más de dieciocho libras [...] (Ponce Leiva, 1994, p. 101).

La explotación de este mineral fue tan importante que la Corona dispuso el establecimiento de una caja real en la ciudad de Logroño del Oro.

Asimismo, entre 1560 y 1590 la mano de obra se contrajo hasta en un 90%, debido a que los indígenas o bien se sublevaban y enfrentaban a los españoles—debido a los constantes maltratos y abusos— y eventualmente morían en la conflagración, o huían en la espesura del monte, donde no era fácil hallarlos. La recurrente falta de mano de obra para explotar los ricos lavaderos de oro de la región condujo a que los españoles iniciaran las denominadas «correras», que continuaron en auge durante todo el siglo XVII. Estas eran expediciones breves, llevadas a cabo en territorios amazónicos escasamente explorados con el objetivo de capturar indígenas y conducirlos de manera forzada a trabajar para los españoles.

Los frecuentes ataques de los indígenas a las ciudades de Santiago de las Montañas y Santa María de Nieva obligaron al virrey Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, a ordenar al corregidor de Yahuarzongo, Diego de Tarazón, la ejecución de una expedición militar para repeler tales acometidas. En 1616, al retornar de dichas jornadas, un grupo de soldados, en forma casual y después de sortear con mucha dificultad el pongo de Manseriche, se encontró con algunos pobladores «amistosos» pertenecientes a la etnia maynas.

Poco tiempo después, don Diego Vaca de Vega fue nombrado corregidor de Yahuarzongo, y en virtud de su cargo, solicitó al virrey del Perú, don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, el permiso necesario para fundar ciudades estables en el área donde fueron hallados los indios maynas antes mencionados⁴.

⁴ Las capitulaciones entre el virrey y Vaca de Vega, suscritas en 1617, le concedieron a este último el «título de Gobernador y Capitán General de las dichas provincias de los Maynas, con los Cocamas, Jíbaros y las adyacentes a ellas por dos vidas, la suya y la de un sucesor que nombrare, con término de ciento cincuenta o doscientas leguas, con tresmil pesos de oro de salario de los frutos y aprovechamiento de la tierra» (Anda Aguirre, 1955, p. 37).

Con las capitulaciones de 1617 no solamente obtuvo Vaca de Vega el consentimiento de fundar nuevas poblaciones, sino también el de pacificar con más dureza a los indios que se sublevaron en la región. El texto enviado señalaba, además, que: «[...] para mejor hacer y para mayor seguridad en vuestra conquista y pacificación poblaréis en el dicho sitio [...] una ciudad que se llame San Francisco de Borja [...]» (Anda Aguirre, 1955, pp. 37-41), lo que constituía un claro designio para enaltecer al santo vinculado con la casa nobiliaria del virrey.

La ciudad se fundó a finales de 1619 e inmediatamente fueron repartidos indígenas a los cuarenta y dos encomenderos que había⁵ y:

[...] dio ciento cincuenta indios a cada uno de los cabezas y oficiales y a los demás dio veinte o quince [...] a pesar de no haber logrado reducir a todos los naturales, contentó a la mayoría de su gente, pues, por lo menos dio a los soldados uno o dos indios para el servicio de sus casas (Vacas Galindo, s.f., pp. 412-414).

Tales encomiendas tenían adicionalmente la total libertad de hacer trabajar a los indios en los placeres de oro.

Por su parte, la fundación de la ciudad de Borja no significó que los levantamientos indígenas cesaran. Muy al contrario, fueron necesarias diversas campañas militares contra los jíbaros y posteriormente contra los cocamas. El gobernador llevó a cabo este último intento de pacificación en compañía de su hijo mayor, Pedro Vaca de la Cadena, con 50 soldados y 400 indios armados de arcabuces. En 1620, después de haber fracasado en su intento de pacificar a los cocamas y viendo que era necesario reunir un mayor número de soldados, Diego Vaca de Vega salió de Borja, dejando a su hijo a cargo de la gobernación. En Piura y Paita consiguió unos ciento cincuenta soldados que despachó de inmediato a su hijo. Sin embargo, él no regresó nunca más a Borja y se asentó en Loja, donde desempeñó un cargo público hasta su muerte ocurrida en 1627.

Fue así que don Pedro Vaca de la Cadena quedó como «gobernador y capitán general de los Maynas y demás conquistas del Maraón». En un primer momento la situación pareció un tanto estabilizada, a tal punto que se llegaron a contar ocho mil indios catequizados y bautizados. La zona era productora de cacao, tabaco y algodón; sin contar que los pobladores eran diestros tejedores. Sin embargo, las enemistades de los españoles con los indios de la etnia cocama eran permanentes. En 1635, mientras el gobernador se hallaba momentáneamente en Quito, comenzó el alzamiento de un puñado de indios maynas, que en breve fue aglutinando a otros muchos indígenas de los lugares cercanos a Borja, hasta transformarse en una sublevación que superaba el millar de individuos. La ciudad fue asolada y saqueada, y en los enfrentamientos murieron muchos españoles.

⁵ Cuando entraron los jesuitas a Borja, en 1638, solamente quedaban unos 200 indios tributarios, que con sus mujeres y niños no llegarían a las dos mil almas (Figueroa, 1985[1661]).

Al conocer la noticia, don Pedro Vaca de la Cadena obtuvo del presidente de la Real Audiencia de Quito, el doctor Antonio de Morga, las licencias necesarias y partió con un contingente de veinte soldados para castigar a los indios insurrectos. Pero al mismo tiempo llegó a la conclusión de que para lograr una pacificación duradera, no solo era necesario sancionar a los rebeldes, sino que era imprescindible lograr una «buena cristiandad». Para conseguirla, pensó que sería de suma utilidad sustentarse en los religiosos de la Compañía de Jesús.

Fue así que el 6 de febrero de 1638 ingresó a la ciudad de San Francisco de Borja⁶, acompañado por un grupo de soldados y con los dos primeros jesuitas, que fueron los padres Gaspar de Cugía y Lucas de la Cueva. Su primer trabajo fue pacificar a los indígenas, y para alcanzar este objetivo consiguieron del gobernador un «perdón general» para los que se habían rebelado. Este fue el primer paso que posibilitó el establecimiento de la misión de Mainas.

Los condicionantes del urbanismo jesuítico en Maynas (1638-1768)

La misión comenzó propiamente en 1638 y se desarrolló de manera continua, aunque con infinitos conflictos y con un ritmo muy desigual, hasta 1768⁷. En conjunto podemos afirmar que a pesar de los inmensos esfuerzos realizados, nunca logró el nivel de permanencia, solidez y autonomía que hubiesen facilitado su florecimiento. Por el contrario, fue una misión conflictiva y con logros temporales y espaciales muy aislados, tanto en sentido catequístico, como en cuanto a la permanencia de las reducciones sobre el territorio. En suma, los principales motivos asociados con esta inestabilidad pueden sintetizarse en:

- a) La escasa preparación de los religiosos para trabajar en un medio cultural y ecológico tan diferente a todo lo conocido por entonces. Esto se tradujo en una lenta y difícil adaptación, muchas veces acompañada de graves y prolongadas enfermedades de los misioneros.

⁶ En 1638, el poblado de Borja, «decorado con el pomposo nombre de San Francisco de Borja», era una agrupación de casas, chozas y bohíos habitada por unos cuarenta españoles, sin contar a las mujeres y niños, todos ellos mestizos (Jouanen, 1941).

⁷ Si bien el rey Carlos III decretó el extrañamiento perpetuo de los jesuitas de los dominios españoles de América el 3 de abril de 1767, este fue ejecutado a lo largo de más de un año debido a las grandes distancias existentes entre Europa y los dominios ultramarinos. Fue recién en abril de 1768 que llegó a San Joaquín de Omaguas una carta del gobernador don Antonio de la Peña, en la cual daba cuenta de la próxima llegada de las autoridades españolas y, al mismo tiempo, prodigaba su más sentido pésame por la forzada salida de los jesuitas de la misión. Esta se hizo efectiva el 29 de octubre de 1768, siendo los jesuitas mainenses los penúltimos en salir de los dominios españoles, ya que los últimos fueron los misioneros que se hallaban en Filipinas.

- b) El número relativamente pequeño de sacerdotes que misionaron⁸, frente a un territorio muy extenso en el cual los desplazamientos eran necesariamente lentos y difíciles, con las reducciones situadas a distancias muy variables entre sí, las que podían fluctuar entre solamente un día hasta más de una semana de navegación. Esto tuvo como consecuencia que un misionero tuviese a su cargo un mínimo de dos o tres reducciones, que en ciertos casos llegaron a ser cuatro o cinco⁹, lo cual condicionó a que los religiosos pasasen poco tiempo en algunas de ellas. Esta falta de permanencia desencadenó el abandono de las reducciones y la dispersión de sus pobladores.
- c) El temor que los indígenas sentían por los soldados. Las disposiciones vigentes señalaban que los misioneros debían viajar con escolta militar, en particular para realizar las nuevas «entradas» o expediciones para evangelizar en territorio no explorado con anterioridad. Esto contrastaba notoriamente con el desempeño de los jesuitas en las misiones de Moxos y Chiquitos (en la actual Bolivia), y del Paraguay en donde no se permitía el ingreso de militares en las zonas de conversión. Por otro lado, esta situación dejaba a los misioneros en abierta desventaja, ya que las relaciones entre los soldados y la población indígena nunca estuvieron exentas de temores y tensiones.
- d) El desconocimiento de las lenguas locales, las cuales llegaron a ser muchas; algunos cronistas señalan que fueron más de un centenar¹⁰. Esta dificultad llevó a la imposición del quechua como lengua general, haciendo imprescindible la captura de algunos pobladores de áreas no evangelizadas, para ser entrenados en la «lengua general del inga». Estos posteriormente sirvieron como intérpretes para promover la reducción de las nuevas etnias contactadas en las profundidades de la selva a poblados ribereños permanentes. El quechua finalmente tampoco se convirtió en una lengua general

⁸ La información acerca del número de jesuitas que misionó en Maynas varía entre un cronista y otro, debido en parte a que algunos de ellos consideran solamente a los sacerdotes, mientras que otros hacen el cálculo incorporando a los hermanos coadjutores.

⁹ La propuesta jesuita de evangelizar mediante misiones «itinerantes» o «volantes» había tenido un relativo éxito en las áreas costeras y andinas del virreinato del Perú. Sin embargo, esta estrategia fue un total fracaso en la región amazónica, ya que los indígenas requerían de la constante permanencia de un religioso, para evitar que su mundo animista no los volviese a atraer irremediamente una y otra vez.

¹⁰ Para el padre Antonio Vieyra, el total de lenguas que se hablaban en el Maraón superaba las ciento cincuenta, mientras que según el cronista jesuita Juan de Velasco, estas fueron unas cuarenta. Por su parte, el cronista franciscano fray Francisco Compte señalaba que fueron solamente veintisiete. Las marcadas diferencias entre las afirmaciones de los diversos cronistas puede residir en el hecho de que estos no precisaron en sus escritos el área geográfica que ellos denominaban «el Maraón». Una segunda posibilidad es que no fuesen en todos los casos lenguas individuales, sino más bien grupos lingüísticos.

para comunicarse fácilmente, ya que la mayor parte de los habitantes nunca la llegó a aprender, y por tanto se vieron obligados, en muchos casos, a depender de terceros para poder comunicarse con los religiosos.

- e) La dispersión de la población indígena por cristianizar; ya que los habitantes se hallaban a distancias considerables entre sí¹¹. Para los misioneros «reducir» con objeto de evangelizar fue el fundamento de su estrategia. No obstante, y a pesar de que realizaron infinitos esfuerzos, frecuentemente los indígenas se negaron a reducirse por no ser este su modo de vida. Su economía estaba basada en la caza, la pesca y la horticultura de «roza y quema», la cual no les permitía permanecer en un mismo lugar a lo largo de todo el año.
- f) La resistencia de los líderes indígenas a ser reducidos¹² y la reinterpretación de los gestos llevados a cabo por los sacerdotes durante los rituales los impulsaba a dispersarse nuevamente. A manera de ejemplo, baste mencionar que cuando el sacerdote los inscribía en el libro de bautismo, pensaban que lo hacían con la intención de entregarlos a los españoles para el servicio personal.

En este contexto, la aproximación de los jesuitas a las etnias amazónicas se desarrolló de varias maneras en las diferentes etapas de la misión. El planteamiento general era tratar de ganarse la confianza de los pobladores para convencerlos de las ventajas que representaba vivir en un poblado estable. Para reforzar estas condiciones propuestas, los religiosos regalaban sistemáticamente abalorios de vidrio, anzuelos y herramientas de metal (tales como cuchillos, barretas, hachas, machetes, punzones y otros), que eran muy apreciadas.

Considerando que los jesuitas no pudieron proveer en forma constante dichas herramientas a todos los pobladores reducidos, estos utilizaron el argumento como intimidación a la dispersión de la población. En muchos casos no fue una simple amenaza, sino que al menor descuido del religioso encargado de la reducción

¹¹ La falta de un mayor número de misioneros para emprender este gigantesco proyecto se agravaba por las grandes distancias. Entre la ciudad de San Francisco de Borja y las más lejanas reducciones establecidas por Samuel Fritz en la confluencia del río Amazonas con el río Negro cerca de Manaos, en el actual Brasil, había una distancia que superaba los 1900 km de selva virgen impenetrable. Aun a escala local, las distancias entre reducciones era notable, si se toma en cuenta que el medio de transporte fueron las canoas. Es así que entre Borja y Concepción de Jeveros había ocho días de navegación, mientras que a Santa María del Guallaga había nueve días de ida y doce de regreso, ya que en este último debían bogar contra la corriente. Para llegar a Santa María del Ucayali había dieciocho días de navegación. Al respecto se pueden consultar Figueroa (1985), Uriarte (1986) y Velasco (1841).

¹² Todos los cronistas hacen referencia a esta constante actitud de rechazo de los líderes o shamanes. Esto fue debido en parte a la pérdida de poder social a que se veían expuestos y al hecho de que en la mayor parte de las etnias los individuos vinculados con la estructura del poder practicaban la poligamia, la misma que fue rechazada y prohibida por los misioneros.

o durante alguna breve ausencia del misionero, los indígenas se volvían a dispersar en la selva.

En aquellas situaciones de fuga, es decir, cuando indígenas que ya habían vivido un tiempo en las reducciones se escapaban abandonando el poblado, los religiosos organizaban su búsqueda, para lo cual se valían, casi siempre, del acompañamiento de indígenas, posiblemente de la misma etnia, con la intención de ubicarlos y llevarlos de regreso. Los casos de esta naturaleza, narrados por los misioneros, fueron frecuentes:

[...] dicha [la] misa y tomado algún refrigerio, despedí la canoa con la mitad de la gente, y con la restante subí por el monte al dejado pueblo de Amaones, por encargo que tenía del padre vicesuperior y por ver si encontraba cimarrones huidos. A la tarde llegué bien fatigado y me aposenté en un pedazo de la que fue la iglesia; registré los escondrijos y cucameros y solo encontré dos o tres personas, a quienes quité todo temor, y persuadí volvieran a Omaguas. Toda la noche la pasé en vela, ya paseándome, ya en red, o hamaca, así para que no se me huyesen los cimarrones como por la inundación de zancudos (Uriarte, 1986[1775], p. 189).

Otro de los obstáculos, concomitante y siempre presente, fue el sustento económico de las reducciones. Este se basaba, de una parte, en el financiamiento que les proveía la Corona española a través del sínodo real que recibían los misioneros a manera de estipendio. Por otro lado, también percibían los ingresos generados por atender los curatos de Borja y Archidona¹³. Estos fondos, sin embargo, fueron insuficientes para una misión que estaba en pleno desarrollo; especialmente a partir del último tercio del siglo XVII, cuando comenzó su acelerada expansión sobre territorios de la selva baja o llano amazónico. Los jesuitas lucharon siempre para intentar que las reducciones fueran económicamente autosuficientes, sin lograrlo nunca plenamente¹⁴.

La producción local —particularmente en la selva baja— estuvo limitada a productos tales como canela, cacao, cera y hamacas, las cuales eran comercializadas

¹³ A finales de 1666 la Real Audiencia confirmó los curatos de Borja y Archidona a los religiosos de La Compañía de Jesús. El presidente de la Audiencia de Quito había solicitado al Real Patronato un sínodo de 400 pesos ensayados tanto para Archidona como para Borja, libres de mesada y pagaderos en las Cajas Reales de Quito. El argumento para pedir tal sínodo fue que los misioneros habían levantado trece iglesias tierra adentro. En 1670 les fueron al fin confirmadas estas disposiciones, con alguna excepción en cuanto a la pensión. En cuanto al diezmo, la Real Audiencia había pedido que fuesen eximidos, debido a la gran pobreza de las tierras y sus pobladores.

¹⁴ Hay que tomar en consideración que los escritos procedentes de tierras americanas eran muy codiciados en España y solían publicarse porque eran el medio a través del cual el rey difundía las noticias del florecimiento de la fe en mundos remotos y peligrosos. De esta suerte los éxitos obtenidos en las misiones del Paraguay, que posteriormente inspiraron las de Moxos y Chiquitos (Bolivia actual), infundieron en los misioneros mainenses un ideal que debían intentar alcanzar. Para su consecución lucharon tenazmente, pero una multiplicidad de factores se lo impidieron a lo largo de los 130 años que duraron las misiones de Maynas.

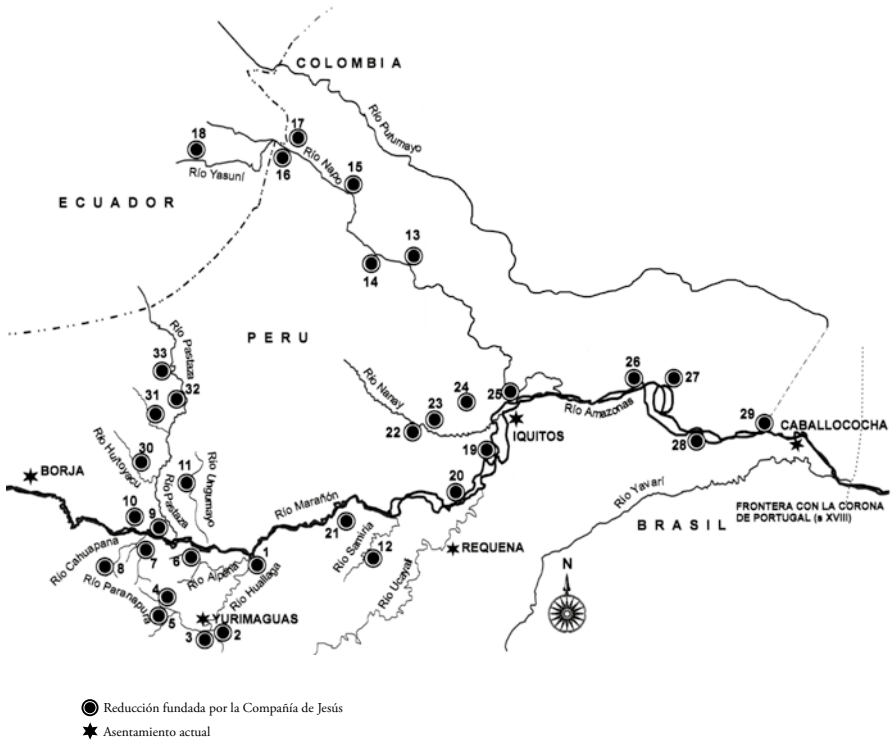
en Quito o en Lamas. De cualquier manera, estos bienes eran escasos en volumen y de poca calidad, por lo cual recibían exiguos bienes a cambio. En la ciudad de Lamas se intercambiaban estos productos con lonas, así como con las denominadas «mantas de Lamas»¹⁵. El comercio con Quito suponía el envío de un «despacho» anual, conformado por varias embarcaciones grandes de carga y otras más ligeras o «mitayeras». El viaje de ida y vuelta duraba generalmente seis meses, considerando la enorme distancia que debían recorrer navegando por ríos caudalosos, en una geografía compleja, con muchas enfermedades endémicas. Desde Quito traían ropa para los indígenas, herramientas y suplementos de hierro, medicinas, animales vivos (puercos, palomas, gallinas), azúcar, arroz, harina para la elaboración de las hostias, vino de misa, bizcochos, carne seca, abalorios, ornamentos para las iglesias y otras muchas cosas. Cuando las reducciones comenzaron a extenderse hacia el llano amazónico, y se multiplicaron fundaciones a partir de 1690, la crisis económica se hizo cada vez más patente. En 1740, la orden decidió adquirir cuatro haciendas en las proximidades de Quito con la finalidad de que sus ingresos sirviesen íntegramente para financiar y promover las actividades de los misioneros¹⁶.

A pesar de los grandes altibajos en la evolución de la misión con ciclos de crecimiento, intercalados por periodos de retroceso, los jesuitas llegaron a fundar, durante 131 años, un total de 152 poblaciones entre reducciones y anexos. Muchas de estas tuvieron una duración efímera, mientras que otras lograron tener una sólida permanencia territorial, y en ellas los jesuitas pudieron alcanzar una significativa catequesis. En conjunto es posible afirmar que solamente 106 reducciones consiguieron una relativa estabilidad a través del tiempo y a pesar de los conflictos que las rodeaban. Estas se hallaban situadas en cuatro distintas regiones geográficas y como tales conformaron las cuatro misiones que componían el Maynas jesuítico a partir del último tercio del siglo XVII. Es cierto que el número y la ubicación geográfica de las reducciones variaba con gran rapidez; sin embargo, podemos afirmar que hacia 1740 existían 71 poblados en funcionamiento, organizados espacialmente de la siguiente manera:

- a) La misión alta del Marañón, con su cabecera en la ciudad de San Francisco de Borja y distribuida en 27 reducciones.

¹⁵ Las mantas de Lamas fueron tejidos finos de algodón con diseños pintados, producidos y comercializados en esta ciudad. Fueron empleadas como ornamentos en todas las iglesias de Maynas. Un documento señala, por ejemplo, que una de estas mantas fue enviada por Manuel Uriarte S.J. a su hermana, que era religiosa dominica en Santa Cruz de Vitoria.

¹⁶ Según lo expresado por Cushner, para sustentar la misión de Maynas el Colegio Máximo de Quito adquirió el obraje de Yaruquí y las haciendas de Cancagua, Urupanta y Caraburo, todas situadas en las inmediaciones de Quito. Evidentemente, esto no se tradujo en un inmediato beneficio y alivio económico para la postrada misión, ya que menos de tres décadas más tarde los jesuitas fueron extrañados de Maynas y de América, sin haber aprovechado las eventuales ganancias generadas por las señaladas propiedades.



Reducciones existentes en 1768

Misión alta del Marañón

- 1 Santiago de la Laguna
- 2 Nuestra Señora de las Nieves de Yurimaguas
- 3 San Regis de Lamistas
- 4 Nuestra Señora de Loreto de Parapapura
- 5 San Estanislao de Muniches
- 6 Concepción de Xeveros
- 7 Presentación de Chayavitas
- 8 Concepción de Cahuapanas
- 9 San Francisco de Borja
- 10 San Ignacio de Maynas
- 11 San Juan Evangelista de Maynas
- 12 San Xavier de Chamicuro

Misión del Napo

- 13 San Pedro de Payaguas
- 14 San Xavier de Icauates
- 15 Nombre de María de Icauates
- 16 Santísima Trinidad de Capocui
- 17 San Miguel de Capocui
- 18 Nombre de Jesús de Guencoyas

Misión baja del Marañón

- 19 San Joaquín de Omaguas
- 20 San Regis de Yameos
- 21 San Xavier de Urarinas
- 22 Santa Bárbara de Iquitos
- 23 San José de Iquitos
- 24 Nuestra Señora de la luz de Amay
- 25 San Pablo de Napeanos
- 26 San Ignacio de Pebas
- 27 San Fernando de Mayorunas
- 28 Nuestra Señora del Carmen de Mayorunas
- 29 Nuestra Señora de Loreto de Ticunas

Misión del Pastaza

- 30 Corazón de Jesús de Jivaros
- 31 Nuestra Señora de los Dolores de Muratas
- 32 San José de Pinches
- 33 Santo Tomás de Andoas

Fuente: Sandra Negro, 2003
Elaborado en base a los planos de Javier Veigl, Carlos Brentano, Juan Magnin y Juan de Velasco, y el Diario de Manuel Uriarte.

- b) La misión baja del Marañón (Amazonas), con 17 reducciones y su sede principal en San Joaquín de Omaguas. A estas habría que agregar las 35 que se perdieron con la irrupción de los portugueses en los poblados de las orillas e islas del río Amazonas en 1710.
- c) La misión del Pastaza conformada por seis reducciones, que dependían de San Francisco de Borja.
- d) La misión del Napo, compuesta por 21 reducciones, 9 de las cuales estaban en el río Aguarico. Todas ellas estaban subordinadas a la cabecera de la misión baja, que fue San Joaquín de Omaguas.

Menos de tres décadas después, cuando los jesuitas se vieron forzados en 1768 a abandonar definitivamente Maynas y tomar la ruta del exilio, quedaban tan solo 33 reducciones a cargo de 21 religiosos y un hermano coadjutor¹⁷. Evidentemente, observamos una drástica disminución de la presencia misionera jesuita en la Amazonía que se tradujo en la reducción considerable del número de poblados. Este momento histórico no fue único, ya que los establecimientos poblacionales transmutaban etapas de florecimiento como la de 1702-1709 con otras de profunda crisis como la de 1763-1768. Esta rápida alternancia se debió a diversos factores, entre los cuales el más significativo fue la oleada de epidemias que asolaban la región.

Las dificultades generadas por las plagas de viruela, catarros y fiebres no identificadas, así como las de sarampión, disentería y paperas son una constante que debe considerarse para analizar el desenvolvimiento de la misión. Cabe precisar que existe un nexo directo entre estas enfermedades masivas y el urbanismo misional. Cuando los religiosos llegaron a Maynas quedaron impresionados ante la visión de una densa selva, tupida y húmeda. No había muchas soluciones viables para trasladarse de un lugar a otro. Por vía terrestre era definitivamente imposible, no solo por la abrupta e inhóspita geografía, sino porque estacionalmente muchas áreas se hallaban completamente inundadas. La única alternativa —utilizada además por las numerosas etnias de la Amazonía— fueron los ríos. Esto supuso que la navegación fluvial en canoas, balsas, piraguas, almadías y mitayeras fuese su única posibilidad. Evidentemente fue por este medio que se desplazaron los jesuitas, así como también lo hicieron ocasionalmente los soldados y autoridades. Igualmente por vía fluvial fueron trasladadas todas las mercancías que iban y venían de Quito, Lamas y otros varios puertos fluviales menores. Con este movimiento de personas y bienes —inusual en la región— ineludiblemente se allanó el camino arrasador a los cíclicos azotes de pestes, que en ciertos episodios se transformaron en verdaderas pandemias.

¹⁷ Acerca del número y ubicación de los pueblos reduccionales en el año de la expulsión se puede consultar Negro, 2004.

En Maynas ocurrieron 33 epidemias mayores documentadas, entre las cuales la más frecuente y grave fue la de viruela¹⁸. En algunos casos estas se extendieron con gran rapidez, ya que individuos que aún no presentaban los síntomas transmitían la enfermedad a través de los ríos de una reducción a la siguiente. Es probable que el número de plagas haya sido mucho más elevado, ya que los brotes regionalmente aislados y contenidos posiblemente estuvieron consignados en crónicas que hoy no están a nuestro alcance. Este hecho es debido a que en 1742 se incendió accidentalmente la iglesia de Santiago de la Laguna, hecho en el que se destruyeron todas las *cartas anuas* que allí se conservaban, con importantísima información relativa al desarrollo misional. Finalmente, y como corolario de la expulsión definitiva de los jesuitas de Maynas en 1768, varias crónicas se extraviaron irremisiblemente. Entre estas podemos señalar las pertenecientes a los padres Carlos Brentano¹⁹, Adam Widman²⁰, Enrique Francen²¹ y Francisco Javier Plindendolfer²².

¹⁸ En relación a las epidemias se pueden revisar los textos de Waltraud Grohs (1974) y Anthony Stocks (1981).

¹⁹ El padre Carlos Brentano, quien había estado en las misiones desde 1728, escribió un extenso texto titulado «Loyolae Amazonici Prolusiones historicae, sive Commentarius rerum gestarum a PP: Provinciae Quitensis as anna 1638 ad usque 1738 ad Mágnum Maragnonem seu Amazonum fluvium». De acuerdo con Velasco, la parte dedicada a la historia natural contenía gran número de dibujos coloreados de la flora y fauna amazónicas. Cuando salió de las misiones, hacia 1748, para ir a Roma como Provincial, y posteriormente a Madrid como Procurador, llevó consigo su diario con la intención de publicarlo. En 1752 durante un viaje de regreso desde Italia a España, le sorprendió la muerte en un pequeño poblado próximo a Génova (Italia), y debido a que se hallaba solo, sus preciosos textos se extraviaron.

²⁰ Este religioso llegó a Maynas en 1728 y permaneció en las misiones durante cuarenta años sin salir jamás de allí. Velasco señala que «[...] se levantaba siempre a media noche y encaminándose luego a la iglesia, permanecía de rodillas en oración hasta la mañana». La crónica que redactó constaba de varios tomos acerca de la historia de las misiones. Sus fuentes fueron sus propias experiencias misionales y la lectura de las copias manuscritas de las crónicas e informes escritos por otros jesuitas, así como la revisión de las *cartas anuas*. Todo este material se hallaba en la biblioteca de la Compañía de Jesús, situada en la reducción de Santiago de la Laguna. Lamentablemente, no sabemos qué sucedió con su crónica, aunque Widman se hallaba entre los jesuitas que abandonaron Maynas en 1768. Desconocemos si logró enviarla fuera de la misión antes de la ejecutoria del extrañamiento o si la llevaba consigo y la destruyó por orden de su superior cuando ingresaron al territorio luso en el Amazonas.

²¹ Este religioso estuvo en Maynas durante 36 años y falleció en Andoas el 30 de mayo de 1767. Su texto era muy completo y documentado, pero desconocemos qué sucedió con él.

²² El padre Javier Plindendolfer fue uno de los 22 jesuitas que salió al exilio en 1768; se hallaba entre aquellos que llevaron consigo sus crónicas. Al llegar a la frontera portuguesa y a instancias de su superior, el padre Francisco Javier Aguilar, debieron quemar todas las cartas, apuntes y textos relativos a Maynas. Plindendolfer, sin embargo, hizo caso omiso de la recomendación y logró sacar su crónica subrepticamente escondida dentro de su almohada. Supuestamente llegó a Europa, pero nunca fue publicada. Actualmente desconocemos si aún existe, olvidada tal vez en alguna biblioteca a la espera de ser redescubierta.

La consecuencia inmediata de estas epidemias fue naturalmente las grandes oleadas de enfermos y la falta total de medicinas para paliar las fuertes fiebres. El resultado final fue la muerte de un gran número de indígenas y el consecuente despoblamiento repentino de las reducciones. Al respecto, y para citar tan solo un testimonio de los muchos que hallamos en las crónicas mainenses, reseñamos lo escrito por Francisco Figueroa:

[...] con esta fuga recibió grande daño y mengua esta reducción [Santa María del Guallaga]. No fue menor sino mucho mayor el de la peste de viruelas que por esse mesmo tiempo entró y cundió en estas montañas, traída de fuera por los que iban y benian de Moyobamba, é hizo lastimoso estrago en las provincias pacíficas [...] aumentan las enfermedades con los géneros de comidas y bebidas que usan, ayunos que observan [...] Era cosa horrorosa ver a los enfermos y cuerpos muertos por los arenales del río Guallaga adonde se habían retirado para bañarse, en los ataques de fiebre, comidos de gallinazos, otras aves o de fieras. Los huesos fueron barridos por el río en sus crecientes. En 1661 el pueblo no tenía sino cuarenta indios, que con las mujeres y niños llegarían a unas cien personas (1985[1661], p. 198).

Con gran frecuencia aquellos que sobrevivían huían espantados al monte y a la espesura de la selva, y regresaban con gran rapidez a sus creencias precedentes. Todo este conjunto desafortunado de situaciones y consecuencias desestabilizaba aún más la precaria situación de las reducciones jesuitas.

El urbanismo misional

La modalidad de asentamiento propuesta para la evangelización en todos los territorios misionales fue la reducción o establecimiento de poblados, conceptualmente permanentes. En el caso particular de Maynas, el misionero debía lograr agrupar o «reducir» a los pobladores de las distintas etnias amazónicas, para poder desarrollar una cristianización más profunda y permanente. En un intento por resolver los retos más inmediatos los religiosos intentaron —con aproximaciones diversas a través del tiempo— congregarse a las tribus amazónicas, para así «sacar del monte las almas». El objetivo fundamental era convencerlos de que viviesen en poblados sedentarios, lo que trajo consigo un sinnúmero de rechazos y rebeliones debido, principalmente, a que los pobladores amazónicos desarrollaban una economía subsistencial, que exigía un cíclico desplazamiento de los habitantes.

Con la evangelización como propósito cardinal, las reducciones se convirtieron en el núcleo elemental para la cristianización de los infieles, y de manera semejante los ríos se transformaron en sus principales vías de comunicación. Aunque estos fueron un factor determinante en la localización de las reducciones, y aunque los asentamientos estuvieron emplazados próximos a las orillas, siempre se intentó

hallar espacios físicos sobreelevados para mantenerse protegidos de las intensas inundaciones estacionales.

Aunque concurren rasgos comunes, no es posible sustentar la existencia de un único y rígido patrón que regulara la formación y organización espacial de las reducciones. Las primeras modalidades se fueron ensayando y corrigiendo. Esto no resultó difícil ya que sobraban las oportunidades, porque frecuentemente era imprescindible fundar un poblado por segunda o tercera vez y en ciertos casos aún más veces. Solamente desde el último tercio del siglo XVII es posible determinar con mayor claridad la propuesta de un diseño reduccional, el cual se difundió con ligeras variantes a todos los poblados de la misión.

Entre las principales razones por las cuales una reducción debía fundarse más de una vez tenemos:

- a) Cuando el poblado había sido emplazado en un lugar inadecuado. Esto podía ocasionar que se hallase expuesto a inundaciones periódicas o encontrarse excesivamente próximo a los indeseables pantanos. Otra causa frecuente fue el cambio natural en el recorrido del cauce de los ríos, lo cual hacía que una población ribereña terminase en breve tiempo muy alejada de la orilla y rodeada por la espesura de la selva. Este hecho fortuito inutilizaba el embarcadero de la reducción e imposibilitaba en uso del río para los aprovisionamientos. Es ilustrativa una descripción relativa a la reducción de Santa María de Guallaga, realizada por el padre Rodríguez, quien refiere:

[...] era un sitio donde se hallaba húmedo en demasía y se inundaba algunas veces con las crecientes del río. Pudríase la ropa, libros y todo lo demás [...] se veían los naturales obligados a correr por acá y por allá, en busca de sustento [...] todo esto era de grande detrimento para la enseñanza religiosa. Por estas causas mudó el pueblo el P. Raimundo de Santa Cruz. Escogió para la nueva población, un sitio más río arriba, donde hay tierras más altas sobre el nivel del río, en una pequeña loma [...] (Jouanen, 1941).

- b) La huida masiva de los indios hacia la frondosidad del monte. Esta era una constante y podía suceder por motivos de diversa índole. El más frecuente era cuando sospechaban del sacerdote, debido a las habladurías e insidias de los indígenas descontentos, que atemorizaban a los pobladores afirmando que habrían de ser entregados a una encomienda de españoles. Otros motivos fueron los rituales realizados por los religiosos, los cuales tenían gestos y movimientos para ellos desconocidos, que los inquietaban. Finalmente podemos señalar el descontento motivado por la vida sedentaria y las eventuales sublevaciones de las etnias indígenas. Todo esto producía una gran inestabilidad que se transformaba en una frenética huida generalizada,

que buscaba desesperadamente volver hacia los patrones de vida ancestrales²³. Durante tales fugas usualmente incendiaban todas las viviendas y la iglesia, con lo cual quedaba destruida completamente la reducción.

- c) Los incendios accidentales en algunos poblados. Si bien se tomaron algunas disposiciones arquitectónicas para evitarlos, como veremos más adelante, estos fueron bastante usuales. Con frecuencia se originaban al descontrolarse alguno de los fogones de cocina o también por la eventual caída de los mecheros de cebo de tortuga con que se alumbraba por las noches²⁴.
- d) Las epidemias que diezmaron poblaciones enteras y que obligaron a los religiosos a la reubicación de algunas reducciones²⁵.
- e) Las periódicas incursiones de los portugueses tanto en los poblados ribereños, como en aquellos situados en las islas del río Amazonas. El motivo de tales correrías era capturar indígenas para luego esclavizarlos y venderlos. Esta situación ocasionó frecuentes conflictos y refriegas ante la total indiferencia de los virreyes del Perú. La situación culminante se dio cuando en 1692 el padre Samuel Fritz viajó desde Santiago de la Laguna hasta Lima, para entrevistarse con el virrey don Melchor de Portocarrero y Laso de Vega, conde de la Monclova. El objeto de la consulta fue exponerle el problema político vinculado con el avance de los portugueses sobre el Amazonas y el grave perjuicio que estaban sufriendo las etnias locales. Para su desencanto, el virrey le respondió que: «aquellos bosques en lo temporal no fructifican al rey de España como muchas otras provincias [...] [y que] en estas dilatadas

²³ A manera de ejemplo, podemos consignar que tan solo en un periodo de cuatro años ocurrieron tres sublevaciones. En 1749, se rebeló un grupo de Payaguas, que atacaron la reducción de los Ángeles de la Guarda de Payaguas. En 1753, casi todas las naciones y poblaciones de la misión del Napo se levantaron, lo que culminó con un intento fallido de asesinar a su misionero, el padre Manuel Uriarte. El religioso mismo narra el episodio en su diario. Juan de Velasco reseña que Uriarte estuvo «por tres días enteros, con toda la cabeza abierta, desangrando, inmóvil y fuera de sus sentidos, con todas las apariencias de cadáver» (1841[1788], p. 519). En ese mismo año de 1753, los Cahumares del Marañón mataron al padre Joseph Casado.

²⁴ «A eso de las once estaba yo en la iglesia cuando sentí cerca humareda y oí estallidos de fuego, y al otro lado de la iglesia estaba ardiendo una casa; esta pegó a la del capitán y esta a la iglesia en un momento [...] pegó todas las casas que estaban en lo largo en fila, sin escapar ni una [...] pero gracias a Dios nadie pereció» (Uriarte 1986[1775], p. 162).

²⁵ Durante los primeros 23 años del funcionamiento de la misión casi no hubo epidemias, pero a partir del año 1660 estas se multiplicaron. Entre 1690 y 1720, se documentan 12 grandes epidemias que diezmaron intensamente la población reduccional. En 1749, hubo una terrible peste de viruela y sarampión que involucró a toda la Misión Baja; esta se extendió luego por la misión Alta y afectó a ambas, de tal manera que nunca lograron reponerse totalmente. En 1756, una epidemia de viruelas volvió a atacar la Misión Alta, y afectó intensamente a los pobladores de Borja y Santiago. En 1762, hubo otro brote de viruela en La Laguna, la cual mató a los pocos que aún quedaban (Velasco, 1841[1788]; Chantre y Herrera, 1901 y Uriarte, 1986[1775]).

Indias había tierras bastantes para entrambas Coronas [...]» (Fritz, 1997, p. 100). Esta explosiva situación condujo a los misioneros al traslado y relocalización de numerosas reducciones a zonas más seguras y alejadas de la codicia lusa²⁶.

- f) Una situación un tanto diferente ocurría cuando una reducción abandonada por sus habitantes era eventualmente repoblada. Esto sucedía tan solo en aquellos casos aislados en los cuales los pobladores no la habían incendiado antes de huir. Cuando una reducción era reutilizada se le otorgaba un nuevo nombre y una nueva advocación, ya que no era la continuación de la anterior, sino un nuevo comienzo. Como ejemplo podemos mencionar la reducción de San Luis Gonzaga, la cual pasó a denominarse San Luis de Tirirí.
- g) Existieron también reducciones que nunca prosperaron, a pesar del esfuerzo de los misioneros. Esto casi siempre se debía al desinterés de los indígenas a reducirse en un poblado estable. Como ilustración señalamos un caso referido por Manuel Uriarte, quien textualmente escribe:

Bajé a San Miguel a bautizar y doctrinar, y les animé a que se poblaran en la boca del Aguarico, donde hay una extendida llanura; y desmontando el sitio preciso planté una cruz y di la traza del pueblo, que había de ser: una plaza cuadrada grande, cubierta de casas, quedando el testero cubierto con la casa del Misionero y una huerta hacia el puerto, y en medio la iglesia [...] esperaba sería un gran pueblo [...] mas no lo pude lograr en cuatro años. Proveídos de herramientas y vestuario volví a mi pueblo, Nombre de Jesús [...] (1986[1775], p. 111).

En cuanto al número de habitantes que conformaban una reducción, este era muy variable y dependía de cuántas personas habían logrado persuadir o atraer los misioneros. En muchos casos, en el momento de la fundación, el número de habitantes oscilaba entre 30 y 50. Los restantes pobladores llegaban en sucesivas oleadas, según el relativo éxito o fracaso de cada reducción en particular. El triunfo en lograr la tan ansiada permanencia reduccional dependía de una serie de factores. Algunas de las variables estaban enteramente en manos de los jesuitas, tales como mantener una buena provisión de herramientas de metal y alimentos, así como generar buenas relaciones de confianza mutua. Otras, en cambio, incumbían al azar y eran poco predecibles, tales como las oleadas epidémicas, la eventual cercanía

²⁶ Podemos señalar una breve nota para ejemplificar la gravedad del problema: «A 7 de noviembre, mejorado ya de mis achaques, salí de aquí para el pueblo de La Laguna, llevando conmigo a los Aizuares de Guapapaté, a que juntamente con los Yurimaguas, pasen a poblarse en el pueblo viejo de los Cocamillas, Guallaga arriba [...] a principios de diciembre despaché Guallaga arriba a los Yurimaguaa y Aizuares a que fuesen a dar principio a su nueva población, encargándoles al P. Joseph Ximenez, misionero de Muniches» (Fritz, 1997, p. 147).

de soldados españoles, la noticia de la aproximación de tropas portuguesas y muchas más. En el subsecuente desarrollo del poblado —siempre y cuando este alcanzara estabilidad y continuidad— el número de habitantes podía alcanzar cifras situadas entre las 100 y 1600 almas. El promedio más frecuente en una reducción era una población de 200 a 400 personas (Jouanen, 1941)²⁷.

La elección del lugar que parecía idóneo para el establecimiento de la reducción dependía del criterio de cada misionero en particular. La pertinencia del sitio escogido recaía enteramente en la mayor o menor experiencia que tenía cada misionero en cuanto a las peculiaridades del medio ambiente amazónico. Al revisar las crónicas escritas sobre esta misión, se observa que la elección del lugar estaba marcadamente condicionada por el hallazgo de tierras que facilitasen los sembríos, bosques que suministrasen abundante caza, y ríos o lagunas próximos para una copiosa pesca. Naturalmente el desconocimiento total de este ecosistema trajo consigo un considerable número de fracasos. La fragilidad del suelo no permitía una horticultura intensiva y este se agotaba en breve tiempo; asimismo, los animales salvajes se alejaban paulatinamente de los núcleos poblados para internarse más profundamente en la selva. Finalmente, los métodos de pesca mediante el uso del barbasco extinguían los peces en los remansos y pozas de los ríos.

Cuando el religioso determinaba un lugar que le parecía idóneo para fundar una reducción, encargaba a los indios que habían aceptado reducirse que el área fuera desbrozada y limpiada. Esta etapa solía tomar entre cuatro y cinco meses, ya que debían abatirse los árboles y cortarse los arbustos y malezas. Luego era necesario esperar a que toda la vegetación secase un poco para luego quemarla. Los incendios eran controlados, de tal manera que una vez consumidas las malezas y la ramazón de los árboles, los indígenas apagaban rápidamente los palos, troncos y maderos gruesos. Los más pequeños eran posteriormente aprovechados como combustible para las fogatas, mientras que los troncos mejores —ya curados con el fuego— podían ser utilizados para la edificación de las viviendas. Una vez removidas las cenizas quedaba lista el área libre necesaria para dar inicio a una nueva reducción. Estas primeras acciones implicaban que el religioso debía contar con un cierto número de pobladores que estuviesen realmente dispuestos a asentarse en el nuevo poblado, aceptasen llevar a cabo la «roza y quema» del espacio físico necesario para establecer el poblado y tuviesen suficientes herramientas de metal —hachas, machetes y cuchillos— para que el trabajo pudiese realizarse con éxito.

Una vez preparado el espacio físico, el religioso acudía al lugar y plantaba una cruz en el suelo —como señal primordial de fundación— en el sitio preciso donde

²⁷ Un autor contemporáneo que ha analizado con detenimiento el problema poblacional en Maynas es Waltraud Grohs (1974).

habría de situarse la iglesia de la reducción. La traza debía ser ortogonal; es decir, en forma de cuadrícula, aunque con algunas particularidades. El diseño contaba con dos calles que se intersecaban en forma de cruz de San Antonio o de tau, con los brazos transversales, dispuestos en forma paralela al curso del río. El cuerpo longitudinal de la cruz formaba un eje espacial de gran impacto visual, ya que partía desde una ensenada del río, donde se emplazaba el atracadero y coronaba en la plaza sobre cuyo fondo se erigía la iglesia²⁸. El cronista Manuel Uriarte, refiriéndose al año de 1754, señala que: «La nueva planta del pueblo [Santa María de la Luz de Amay, en la misión baja del Marañón] era en cuadro una gran plaza donde al [otro] lado del puerto cerraba la iglesia y casa del misionero» (1986, p. 201). En algunas de las reducciones más grandes y estables, el espacio estaba organizado en mitades complementarias de alto y bajo²⁹, lo que no sucedía en poblados pequeños o de reciente fundación. Por otro lado, con cierta frecuencia eran acomodados en una misma reducción habitantes que integraban distintas etnias, con lo cual se dejaban de lado la división y complementariedad espacial. Al respecto, contamos con una descripción de 1767 relativa a la reducción de San Regis de Yameos:

El pueblo está en alto y domina el Marañón, como una cruz sin cabeza, así T, pues tiene una fila de casas hacia el río y luego una lengua de tierra en medio al centro, y a los dos lados declina en dos hoyadas medianas, rodeadas de casas. Las del lado del río eran yameos; a las hoyadas vivían nahuapoes, trasladados de otro pueblo de San Simón, con harta repugnancia suya por el sitio que dejaron y antipatía con los San Regis. A la izquierda en alto, había una casa larga con treinta y dos payaguas, que había bajado el Superior del Napo [...] (Uriarte, 1986[1775], p. 216).

No existía propiamente un trazado físico, en el estricto sentido de establecer manzanas y solares. No obstante, las viviendas debían organizarse de manera ordenada dispuestas en forma paralela en relación con dos ejes principales del asentamiento.

²⁸ En principio, los trazados urbanos estuvieron determinados por las Leyes de Indias para la organización de pueblos de indios y de pueblos misioneros. En el Libro IV, título siete «de la Población de las Ciudades», se confirma que eran tomados en cuenta aspectos relevantes tales como la orientación más adecuada, la recomendación de establecerse a la vera de los ríos, los peligros de enfermedades que se debían a la proximidad de pantanos y lagunas, y muchos otros. Observamos, sin embargo, que el urbanismo misional tuvo un planteamiento físico un tanto diferente del señalado en las normas. Esto obedeció a la necesaria adaptación al medio ambiente circundante y a la mentalidad de sus pobladores.

²⁹ Es poco frecuente hallar referencias en relación con mitades complementarias en las reducciones mainenses, posiblemente porque los misioneros le dieron poca importancia al asunto. Sin embargo, en Uriarte hallamos varias menciones entre las que podemos reseñar la relativa a la reducción de San Joaquín de Omaguas: «Cada año se elegían varayos de cada parcialidad [...] cuidaban por semanas de lo siguiente: 1º Acudir uno de cada lado (había división de barrio alto y bajo) al misionero mañana y tarde para dar cuenta de todo y recibir instrucción de lo que se debía hacer aquel día» (1986[1775], p. 175).

Al final de la calle trazada de manera perpendicular al atracadero, se disponía una plaza de medianas proporciones, alrededor de la cual se organizaban las edificaciones de uso religioso y administrativo.

Entre las descripciones existentes en las crónicas concernientes al diseño de las reducciones, destacan las del misionero Manuel Uriarte. Este religioso fue el único que demostró un destacado interés por describir el trazado de los poblados, los caracteres de las edificaciones y los recursos tecnológicos adaptados a un medio ambiente desconocido hasta entonces. Es así que cuando en 1753 llegó a San Joaquín de Omaguas, quedó atónito al ver la reducción. Ya en el exilio, al reescribir sus vivencias lo recuerda intensamente y lo hace de la siguiente manera:

El pueblo estaba en un sitio bellissimo, todas las casas a cordel, con la cara al oriente y al Marañón, que se extendía hacia la derecha por arriba como dos leguas en una perfecta vuelta y para abajo en más de tres en vía recta, teniendo toda la orilla fronteriza hermosea con platanos y chagras. Hacia el frente al puerto una larga calle derecha a un lado y otro de la iglesia, con las casas iguales [...] después seguían para arriba otras dos calles, puestas las casas entre los huecos de las bajas, y como era declive el terreno, todas gozaban la vista del río y de muy lejos las divisaban las canoas. Con el lado de la iglesia, el cabildo y el trapiche en el centro, y la casa del misionero al otro extremo, se formaba una plaza mediana, que tenía en medio su reloj de sol, y por delante un jardín con flores, margaritas, claveles de árbol, aromas y otras coloradas, como azucenas, que daban todo el año; ni faltaban sus frutales; higueras, naranjos dulces y agrios, limones [...]» (1986[1775], p. 173).

Espacialidad y arquitectura misional

La impresión general de los visitantes al llegar a los más importantes poblados era de asombro y admiración. Al aproximarse las embarcaciones a la reducción, lo primero que divisaban los navegantes eran tres cruces clavadas en fila y dispuestas sobre un pequeño promontorio artificial. Estas no solamente eran claves de comunicación simbólica, que indicaban la llegada del Evangelio a estos remotos parajes, sino que además constituían hitos que señalaban la existencia de un poblado, muchas veces oculto por el denso follaje amazónico. Conforme se acercaban al amarradero los remeros hacían sonar sus «bobonas» para comunicar su llegada y conseguir así que los pobladores se congregasen para recibirlos.

1. Del puerto a la plaza

El puerto constituía un elemento de significativa importancia, ya que era imprescindible para enviar y recibir los despachos de Quito, relacionarse con las restantes reducciones, así como conformar el punto de salida para las expediciones especiales;



siendo las más frecuentes aquellas organizadas para la captura de tortugas o con objeto de traer los codiciados bloques de sal³⁰.

En el puerto existía una larga cadena pendiente de una pértiga para asegurar las canoas. También se reseña con frecuencia que a un costado del amarradero se disponía un cobertizo, para proteger del sol y la lluvia aquellas embarcaciones que no estaban en uso. A continuación había una escalinata formada por un número variable de gradas:

[...] había compuesto la subida del puerto (que es larga como un tiro de bala y resbalosa) atravesando palos duros [...] y hecho sus cien o más escalones, y a los dos lados, con ancho de sus tres varas, pasamos de palos largos y redondos, sobre orquetas soterradas de palo duro [...] (Uriarte, 1986, p. 220).

Al llegar a la cumbre, la visión de la reducción era sobrecogedora. Allí arrancaba la calle principal o senda que unía el embarcadero con la plaza, la cual generaba la tensión lineal y continua de un eje visual y físico de comunicación forzada.

Si bien a ambos lados de esta calle se hallaban las casas de los indígenas, el punto de atracción sensorial era la culminación de la senda, donde destacaba claramente la plaza y, delimitando el testero de esta, el frontis de la iglesia.

2. Espacio público y arquitectura religiosa

La plaza era el centro espacial y funcional, además de ser el elemento aglutinador de toda reducción. La forma que debía tener esta era la de un cuadrado y en su centro se hallaba un reloj de sol. Dentro de esta se llevaban a cabo la mayor parte de actividades públicas y colectivas de la reducción. La más significativa culturalmente estaba asociada con la evangelización y la importancia que adquirieron las procesiones dentro de esta transformación social.

Dichas manifestaciones de fe estaban asociadas con frecuencia al establecimiento de capillas-posas en las cuatro esquinas de la plaza. Suplementariamente

³⁰ La región de la Amazonía tiene una aguda escasez de sal. Para que los habitantes de las reducciones pudiesen obtenerla debían navegar hasta el denominado Cerro de la Sal, en las inmediaciones de la actual La Merced. Por entonces, aquella era una región en la cual se habían establecido, desde 1635, los misioneros franciscanos. Estos fundaron las misiones del Cerro de la Sal, en la actual Villa Rica, y de San Juan Buenaventura de Quimiri. Para 1667, existían 38 misiones con una población de alrededor de 8500 personas, en su mayoría pertenecientes a la etnia campa. «[...] Para llegar al lugar de extracción [...] tardaban como dos meses en este viaje, por lo que iban confesados [...]. Llegados a Yurimaguas recogían (si era necesario, dependiendo de la estación) un par de indios prácticos en los raudales y subían hacia el río de la Sal, como diez días y llegados allí comenzaban su extracción [...] se reducía, en el cerro de la orilla, a prevenir tinajas horadadas con agua, que iban soltando por donde hacían canal con las hachas, y esta ablandaba la sal de piedra, por donde pasaba; luego con las mismas hachas y machetes [...] iban partiendo pedrones de dos y más arrobas [...]» (Uriarte, 1986[1775], pp. 177 y ss.).

y con una propuesta arquitectónica desconocida en la arquitectura de las restantes misiones virreinales, optaron en algunas reducciones por crear estructuras edificadas que permitiesen llevar a cabo las procesiones durante la estación lluviosa. Es así que crearon los «jardines procesionales», que estuvieron estructurados por cuatro galerías techadas, dispuestas formando un cuadro. En cada una de las esquinas se hallaba un retablo devocional, que constituía propiamente la posa. Este espacio era utilizado para apoyar las andas, sahumar la imagen, cantar y elevar plegarias, al tiempo que los portadores se tomaban un breve descanso, antes de proseguir a la siguiente estación procesional. Un claro ejemplo lo tenemos en la reducción de San Joaquín de Omaguas donde:

Hizo hacer el P. Iriarte [...] otro jardín inmediato, derecho del cabildo para la iglesia y cercado de los cuatro altares con baranda de tarapotes y pasamanos de caña gruesa con sus puertas, para impedir se llegaren perros, y hacer las procesiones cuando llovía o caía lodo (Uriarte, 1986[1775], p. 183).

Si bien las áreas urbanas con los frentes sobre la plaza eran los más importantes desde el punto de vista funcional y simbólico, no siempre estaban completamente ocupadas por edificios de uso religioso, administrativo y de servicios, sino que también podían ser utilizadas para las viviendas.

El frente de la plaza más significativo era el «testero», es decir aquel en el cual desembocada la calle proveniente del embarcadero. Sobre dicho frente se hallaba siempre situada la iglesia, rodeada por un atrio cercado por un muro bajo. Dicho atrio tenía como principal función la de servir como cementerio para aquellos indígenas que recién se habían convertido al cristianismo, o para aquellos que habían sido bautizados pocos instantes antes de su muerte. Por otro lado, aquellos pobladores que ya habían sido cristianos por un cierto tiempo y dado ejemplo de virtud y comportamiento piadoso eran enterrados en el subsuelo de la nave de la iglesia.

Debido a las reiteradas epidemias y el crecido número de muertos como consecuencia de ellas, podemos afirmar que con cierta frecuencia, en un momento dado, era mayor el número de difuntos enterrados en el atrio, que el de pobladores que seguían aceptando vivir reducidos.

Presidiendo el atrio-cementerio se hallaba una cruz de gran tamaño. De esta suerte, dentro del simbolismo reduccional era posible percibir una tensión longitudinal que vinculaba dentro del poblado el mundo de los vivos, representado por el reloj de sol, que marcaba el paso del tiempo terrenal, con el mundo de los muertos que descansaban eternamente en el cementerio y que se hallaban representados por la cruz atrial. La culminación axial se daba con el mundo sacralizado de Dios al que se le rendía culto al interior del templo y constituía la única posible salvación eterna. Adicionalmente el atrio cumplía funciones que estaban vinculadas con la catequesis y con los rituales realizados durante la Cuaresma.

3. *La vivienda del misionero y otras edificaciones asociadas*

La casa utilizada por el misionero variaba en emplazamiento y en tamaño, de acuerdo con la importancia y número de habitantes. En los poblados de medianas dimensiones, la casa formaba un edificio cuyo frontispicio se hallaba sobre uno de los lados laterales de la plaza. Sin embargo, existieron reducciones —como el caso de San Joaquín de Omaguas— donde el «testero» de la plaza era espacialmente compartido por la iglesia con su respectivo atrio y la casa del religioso. Ambas tenían una galería frontal o «alpende»³¹, mientras que lateralmente se hallaban separadas entre sí por un espacio libre dedicado al cultivo de las flores para el templo. En las reducciones más pequeñas, la morada del misionero podía estar situada detrás del muro testero de la iglesia y estar formada solamente por una o dos habitaciones.

Una de las descripciones que documentan la casa del misionero pertenece a la reducción de San Pablo de Napeanos:

[...] la casa del misionero, entre la cual, que caía a la izquierda, había un pasadizo cubierto y cerrado todo con tarapotes, como barandillas, y su jardín de flores [...] La casa era alta con sus claustros, como colegio; tres aposentos bajos y tres altos con terraplén liso y por fuera tenía linda vista con ventanas de arcos y rejillas de tarapotos. Delante de la puerta había su alpendio o zaguán, correspondiente al de la iglesia [...] (Uriarte, 1986[1775], p. 192).

Directamente asociada con esta vivienda se hallaba la escuela para niños varones. Los jesuitas en Maynas pusieron gran intención en la educación de los niños con el fin de abolir poco a poco la multitud de lenguas entre los indios y generalizar el empleo del quechua. Por este motivo fueron duramente criticados. En su defensa señalaron que era imposible continuar llevando a cabo un proyecto evangelizador a gran escala, con más de un centenar de lenguas diferentes en la Amazonía. Esgrimieron además que algunos de los indígenas pertenecientes a tribus colindantes con los Andes orientales ya lo comprendían, y que para los indígenas amazónicos les resultaba más fácil aprender el quechua que el castellano. En estas escuelas vivían niños huérfanos y otros prendidos en etnias aún no reducidas. La enseñanza del quechua los convertía en intermediarios de gran utilidad para incorporar nuevas etnias a su labor evangelizadora y reduccional.

En las proximidades de la casa del misionero y separada espacialmente de esta por un patio, se hallaba la cocina, la cual era atendida por mujeres y adolescentes. Las mujeres solteras vivían en una casa de recogimiento, conjuntamente con niñas pequeñas y huérfanas, a quienes se les educaba en la nueva forma de vida y en las tareas asociadas al hogar. Una vez que la comida estaba lista, las mujeres estaban

³¹ La palabra «alpende», utilizada por varios cronistas maynenses, tiene origen en la palabra portuguesa *alpendre*, que significa «galería frontal techada en el primer piso de una edificación arquitectónica».

prohibidas de entregarla directamente al religioso. Para dicha labor debían apoyarse en un «fiscal», quien a su vez la distribuía al misionero y a los «neófitos»³².

Próxima a la cocina y en el terreno de la huerta se construía, de acuerdo con lo disponible (animales foráneos introducidos por los religiosos tales como gallinas, patos o puercos), varios pequeños corrales. Un tipo especializado de corral que nunca faltaba en una reducción era la «charapera» o «charapedilla» en la cual se criaban tortugas³³, lo que facilitaba la disponibilidad de carne fresca a lo largo de todo el año.

4. *El cabildo y la arquitectura de servicios complementarios*

Los edificios con funciones públicas estaban formados por el cabildo —a cargo de los alcaldes y varayos³⁴ de las diversas parcialidades indígenas que vivían en la reducción—, la cárcel y el trapiche.

En las reducciones maynenses más importantes, la organización política estaba formada por el gobernador de la población, cargo que era vitalicio. Junto con él se hallaban los capitanes de todas las parcialidades, los cuales eran confirmados en dicho encargo por el gobernador general de Maynas.

En cuanto al aspecto militar, destacaban el alférez y el sargento de milicia, los que tenían bajo su responsabilidad la convocación de los pobladores varones en las denominadas «milicias indígenas», para realizar las «entradas» a nuevos territorios.

Entre los cargos elegidos figuraban los varayos de cada parcialidad, acompañados por un alcalde mayor. Estos realizaban varias labores, rotando en el encargo cada semana. Debían acudir al misionero cada mañana y tarde para dar cuenta de todo lo que sucedía y recibir indicaciones de lo que se debía hacer. Entre sus obligaciones se encontraba la de hacer ronda los domingos y días de fiesta para controlar

³² El término «neófito» fue frecuentemente utilizado por los jesuitas que misionaban en Maynas para designar a aquellos adultos que estaban en proceso de evangelización y que todavía no habían recibido el sacramento del bautismo. Si bien el término muchas veces ha sido empleado como sinónimo de «catecúmeno», este último no se dio nunca en América virreinal; ya que, aun en Europa, el régimen del catecumenado se mantuvo solamente durante los tres primeros siglos de la Iglesia.

³³ Se denomina «charapa» a la tortuga que habita en los ríos de la Amazonía. Los indios recolectaban los huevos de estos quelonios, ya sea para comerlos o para elaborar con ellos manteca y, a partir de la llegada de los misioneros, las velas para las iglesias. Tortugas de diferente tamaño eran capturadas vivas y se criaban en las «charaperas», algunas veces por dos o tres años, y constituían una reserva de carne fresca.

³⁴ El *varayoc* era la autoridad de mayor categoría en un poblado. Su investidura y la entrega de «la vara» se realizaba por medio de la elección comunal. Su origen probablemente es anterior a la llegada de los españoles al Perú, aunque hay una determinante influencia española en la fijación de sus caracteres y funciones actuales. Se trata en todo caso de una institución de origen andino y su difusión a la Amazonía es un tema polémico no resuelto. A los *varayoc* o *varayos* se le debe respeto y consideración; ya que, al cesar sus funciones, no vuelven a ejercer otro cargo en la vida comunal, como no sea los de simples consejeros.

a los que se excedían en las bebidas. Tenían bajo su cometido el cuidado y reparación de la iglesia, la casa del misionero y las canoas de la reducción (calafatearlas, señalar bogas, indicar día y hora de los viajes, etcétera). Estaban en la obligación de supervisar el desbrozado de la plaza, tarea que estaba a cargo de las mujeres, que ocupaban en ello los sábados. De las faenas más pesadas, como el corte de arbustos y árboles, se hacían cargo los varones de la reducción cada tres meses.

Para este punto es interesante lo que señala el padre Lorenzo Lucero desde el poblado de Santiago de la Laguna:

Aun los pueblos gozan de aquel despejo que les da la importunidad de las hachas y machetes, y es tanto el vicio de la tierra, que a seis meses de descuido están los pueblos sin forma de pueblos, porque la infinita ramazón del selvaje nuevo los encubre de forma que parece han desaparecido (Roma, Biblioteca de la Historia de los Jesuitas, Legajo 218, foja 2).

A espaldas del edificio del cabildo se hallaba la cárcel, en la cual quedaban detenidos los indios alborotadores, los huidos recapturados y aquellos que habían cometido otros delitos que afectaban a la reducción en particular o a la misión en general.

Otro edificio localmente importante fue el trapiche. Este podía estar situado al lado del cabildo o próximo a la casa del misionero. El zumo de caña era utilizado solamente para el autoconsumo. El volumen producido en cada reducción no solo era exiguo, sino que no todos los poblados contaban con un molino para procesar las pocas cañas de azúcar que se lograban cultivar. Debido a esto, los panes de azúcar generalmente eran traídos desde Quito en el despacho anual o semestral. No se trataba de un bien suntuario, ya que no era costumbre en la Amazonía endulzar las comidas o bebidas. Su empleo estuvo reducido al consumo realizado por el misionero, en el socorro de los enfermos y como complemento de ciertos preparados medicinales. Evidentemente también se usaba la miel de abejas, pero esta solía escasear durante la estación lluviosa.

Finalmente, la arquitectura de servicios estaba compuesta por los talleres de herrería, y la carpintería y el depósito de pertrechos. Los talleres eran de extrema importancia en un medio alejado de casi todos los recursos necesarios para la vida sedentaria. Estos facilitaban, además, que algunos indígenas con ciertas habilidades para el trabajo manual pudiesen aprender un oficio. La herrería servía no solamente para reparar las herramientas de metal que los jesuitas entregaban a los indígenas, sino que posibilitaba la producción de llaves, bisagras, candados, cerraduras, pasadores, etcétera, usando una fragua y muchas veces reciclando las herramientas en desuso. No todos los poblados contaban con una herrería, de tal manera que las herramientas que debían ser reparadas eran enviadas por vía fluvial a aquellas reducciones que contaban con este taller especializado.

La carpintería era aún más importante y prácticamente no había poblado que no la tuviese. En un medio ecológico donde no existían las piedras para edificar, los carpinteros y torneros eran los llamados a fabricar desde muebles, ventanas, puertas, techos, escaleras y barandas hasta los retablos. En algunas reducciones, había imagineros o santeros que habían alcanzado una notable habilidad en el entallado y encarnado de imágenes sacras.

Las viviendas comunes de los indios reducidos

Las casas de los indígenas fueron todas muy similares. La dimensión promedio era aproximadamente de 15 x 12 varas castellanas³⁵. Los cronistas no dedicaron mucho esfuerzo a la descripción de las viviendas, pero señalaron en sus textos que estas cambiaron de las tradicionales malocas a viviendas familiares, las cuales estaban más de acuerdo con el pensamiento religioso cristiano y sus normas morales y éticas. La única información acerca de su morfología nos indica que tenían dos puertas, la frontal que daba hacia la plaza y la posterior que se abría sobre sus pequeños jardines o huertos cercados por muros bajos. Los muros estaban dispuestos a manera de tabiques ligeros, resueltos usando el bajareque³⁶. La estructura de los techos fue de madera y el cubierto con hojas de diversas variedades de palmera. En ciertos casos, y dependiendo de cada etnia en particular, los tabiques fueron blanqueados, tal y como ocurrió «con los napeanos y los santabárbaras» (Uriarte, 1986[1775], p. 201).

Los fogones para cocinar ardían en el interior de estructuras altamente inflamables, lo cual fue la causa de frecuentes incendios. Estos eran un peligro real, ya que en breve tiempo el fuego podía arrasarse la reducción entera. Debido a ello se tomó como precaución la edificación separada de las unidades de vivienda, para lo cual se dejaba entre ellas un área libre de 12 a 16 varas. En este espacio de separación entre moradas fueron surgiendo pequeñas huertas con vegetales, frutas y hasta algunas flores para el ornato del templo y las procesiones.

Si bien no tenemos ninguna otra información documental respecto a las viviendas y su funcionamiento, sabemos que en la reducción de San Joaquín de Omaguas, los retretes estaban en el interior de las viviendas «por disposición

³⁵ Una vara de Castilla, llamada también vara de Burgos, equivale a 83.5 m.

³⁶ Se denomina «bajareque» o «pajareque» a la construcción de muros hechos con troncos y ramas trenzadas con cañas y barro. El término fue traído por los españoles desde las Antillas. En algunas regiones del virreinato del Perú, entre ellas Maynas, se le denominó también «tapia francesa». Manuel Uriarte señala que: «De la Trinidad tuve buenas nuevas: el hermano Lorenzo había sacado del monte unas ochenta almas [...] Al hermano Lorenzo envié e Tirirí, donde hizo una curiosa iglesia de tapia francesa, con la ayuda de dos blancos y seis indios portugueses [...]» (1986[1775], p. 110).

del P. Bahamonde» (Uriarte, 1986[1775], p. 201). Sin embargo, no tenemos mayores datos que nos permitan señalar que esta fuese una práctica habitual.

En conclusión, podemos señalar que si bien existió un claro planeamiento reduccional, este no siguió un rígido modelo preestablecido. A excepción de la ubicación de la iglesia en relación con la plaza y a la calle principal que unía el embarcadero con la mencionada plaza, el resto de las edificaciones mantuvieron una disposición bastante libre que variaba grandemente entre un poblado y otro. Si bien se ha afirmado que la traza de las reducciones maynenses asumió el diseño de «patrones urbanísticos europeos [...] [donde] el patrón de ciudad-damero asumió una forma particular, con dos calles en forma de cruz cuyos brazos corrían paralelamente al curso del río y cuyo cuerpo central tenía al río como pedestal» (Santos, 1921, p. 169), nada está más lejos de la realidad.

En primer lugar, el urbanismo europeo no fue unívoco, sino que se trató de un gigantesco mosaico urbanístico medieval, y luego renacentista que dependió de historias regionales específicas, lo que no permite hacer generalizaciones. Por otro lado, si se ha pretendido aproximar comparativamente las propuestas urbanas de las ciudades hispanoamericanas, con el trazado asumido en las reducciones de la misión de Maynas, podemos observar que tampoco hay demasiadas coincidencias. En relación con la plaza mayor, en los centros urbanos fundados en el virreinato del Perú no existe el vínculo simbólico y de percepción urbana establecido entre la calle principal longitudinal, la plaza, el atrio de la iglesia y la culminación con el templo mismo. El tratamiento de la plaza y su funcionamiento fue además totalmente otro.

No obstante el hecho de que algunas estructuras arquitectónicas en las reducciones maynenses nos puedan hacer recordar el diseño de sus pares andinas, el funcionamiento de estos poblados amazónicos y su dinámica social y religiosa responden a otros requerimientos totalmente ajenos a los andinos. Pero podemos afirmar que existen ciertos elementos comunes entre estas reducciones y los cronológicamente posteriores pueblos misioneros de Moxos y Chiquitos (Bolivia). Sin embargo, todavía es necesario un mayor estudio al respecto, ya que no solamente deben ser comparadas las formas, sino el funcionamiento del espacio y las necesidades y mentalidades que los originaron. De cualquier manera, no es factible sustentar un modelo misional general.

En cuanto a las viviendas mismas, el hecho de que su disposición nos sugiera una cuadrícula, el diseño final es a la postre otro, primero porque en las cuadrículas pertenecientes a las ciudades hispanoamericanas, cada manzana estaba formada por un cierto número de solares (generalmente cuatro), mientras que aquí cada vivienda era una unidad individual rodeada por un espacio libre, generado como un recurso práctico frente a los incendios. Estos espacios no eran además calles o pasajes, sino que se convirtieron en huertos cercados y privados. En segundo

término, el damero no fue una rígida imposición, ya que cuando se edificaba sobre los declives, la cuadrícula desaparecía por completo. Uriarte, al describir la reducción de San Joaquín de Omaguas, señala que:

Hacia frente al puerto una larga calle derecha a un lado y otro de la iglesia, con las casas iguales distantes por las quemas como veinte varas (y después de casa a casa, se tiraron paredes bajas de tarapotos por uno y otro lado, donde plantaron los indios flores para el Santo Cristo y las indias para la Virgen, y tenían sus agíes y algunos frutales) [...] después seguían para arriba otras dos calles, «puestas las casas entre los huecos» de las bajas y como era declive el terreno todas gozaban de la vista del río y desde muy lejos las divisaban las canoas (1986[1775], p. 172; el énfasis es nuestro).

Evidentemente se trató de un urbanismo distinto, adaptado a su propia realidad y medio ambiente circundante, y no se trató de la aplicación de modelos europeos o hispanoamericanos, de los cuales los misioneros además debían tener escasa información e interés.

El deterioro espiritual y temporal de las reducciones maynenses

La expulsión de los jesuitas de las posesiones españolas y portuguesas en América entre 1759 y 1767 culminó recién el 29 de octubre de 1768 con la salida definitiva de los religiosos de la misión de Maynas. Al tiempo del arresto y expulsión de los jesuitas, la misión, de acuerdo con la reorganización territorial realizada en 1753 —a petición de los superiores de la Compañía de Jesús— y llevada a cabo por el presidente de la Real Audiencia de Quito, don Juan Pío de Montúfar, marqués de Selva Alegre, estaba dividida administrativamente en tres tenencias y a cada una de ellas le correspondía una circunscripción misional. A Borja le concernía la misión alta del Maraón y la misión del Pastaza, y a San Joaquín de Omaguas le incumbía la misión baja del Maraón. Por último, las reducciones del río Napo pertenecieron a la misión del mismo nombre. El gobernador de Maynas residía en San Francisco de Borja, temprana ciudad española del siglo XVI y posterior poblado jesuítico en los siglos XVII y XVIII.

Ha sido común entre los historiadores de la misión de Maynas señalar que con la salida de los jesuitas las reducciones se vieron sumergidas en un notable abandono, tanto en lo espiritual como en lo económico, y que este fue el principal motivo de su decadencia y desaparición. Es trascendental señalar, no obstante, que si bien para mediados de 1768 se documentan cifras de aproximadamente 12 000 a 14 000 cristianos nuevos, la situación misma de las reducciones estaba en plena decadencia a partir de 1740. A manera de ilustración se puede señalar que en 1751 la ciudad de San Francisco de Borja, cabeza de la misión alta del Maraón, solo contaba con «17 habitantes entre españoles e indios» y el pueblo

de Santiago de las Montañas «que conserva 4 mestizos y 10 indios, porque todos han abandonado estas ciudades»³⁷.

Las razones para esta crisis son muchas y arduas. Entre las más destacadas podemos señalar las siguientes:

- a) El avance de los portugueses sobre el territorio evangelizado por los jesuitas. Esta conflictiva situación fue mermando y causando graves pérdidas a los misioneros en relación con el número de pobladores catequizados y a la persistencia de las reducciones mismas.
- b) A pesar de los denodados esfuerzos de los jesuitas durante más de un siglo, los indígenas cristianizados y los «neófitos» continuaban siendo religiosamente inestables y vacilantes, situación que se agravaba al estar inmersos en extensas áreas culturales amazónicas no cristianas.
- c) El pequeño número de religiosos que estaban misionando en 1740, frente a una inmensa extensión territorial, con la población totalmente dispersa y renuente a sedentarizarse.
- d) La despoblación de las reducciones ribereñas, debido a las epidemias y las altas tasas de mortandad, las cuales dejaban no solo una estela de pueblos abandonados, sino un número de conversos menor. Paralelamente era necesario buscar nuevos indígenas en el interior de la selva para catequizarlos y convencerlos de habitar en poblados permanentes. Todo el inmenso esfuerzo se veía diluido al fallecer los pobladores debido a las pestes, con lo cual, en ciertas regiones, era preciso volver a empezar la catequización una y otra vez.
- e) Las serias dificultades relativas al financiamiento de tan grande empresa. A pesar de los intentos autogestionarios de la misión, tales como impulsar la recolección local de canela y cera, la fabricación de hamacas y otros productos, estos fracasaron totalmente. Por otro lado, los esfuerzos de subvención externos, mediante la adquisición de haciendas próximas a Quito fue muy tardía para subsidiar una obra que estaba en una desesperada necesidad de fondos. Lo cierto es que nunca se logró disponer de los medios necesarios para solventar una obra espiritual de tal envergadura.

Esta crisis de mediados del siglo XVIII se estaba prolongando como una lenta e inexorable agonía. Para 1768 la misión de Maynas se había restringido a tan solamente 33 reducciones atendidas por un grupo de 21 religiosos y un hermano

³⁷ Informe del padre Pedro José Milanesio, procurador de las misiones de jesuitas del Marañón, 1751 (Archivo Nacional de Historia, Presidencia de Quito, 1750, vol. 141, doc. 1583, f. 135).

coadjutor³⁸. A comienzos de ese mismo año, el presidente de la Audiencia de Quito, don José Diguja, decidió enviar a la misión 25 clérigos seculares acompañados por el comisionado regio y por su escolta, para ejecutar la orden de expulsión de los jesuitas. Debido a que este número de clérigos no estaba disponible de inmediato, el obispo de Quito, don Pedro Ponce y Carrasco, publicó un edicto en el que se invitaba a ordenarse a todos los que quisiesen ir a la misión por un periodo de dos años, y agregó como incentivo la promesa de una promoción.

A finales de abril de 1768, llegó a San Joaquín de Omaguas el nuevo vicario, don Manuel Mariano de Echeverría, con 16 clérigos. En octubre los jesuitas abandonaron definitivamente todos los poblados de Maynas, después de haber instruido brevemente a sus sucesores. Entre 1768 y 1770 los seculares que estuvieron a cargo de las reducciones enfrentaron muchas dificultades, tales como tener que desplazarse en un medio amazónico desconocido para ellos, aceptar una dieta alimenticia diferente, sin pan y sin carne, y doctrinar a indígenas que no hablaban el español. Unos pocos entendían el quechua y muchos de ellos solo hablaban las lenguas locales. Estos primeros misioneros terminaron por sentirse, además, subvalorados en su labor evangelizadora por el mismo rey de España, quien tuvo el poco oportuno deseo de organizar un jardín botánico. Para completar la exposición con muestras exóticas, había comisionado a los seculares de Maynas la recolección de aves raras, plumas y plantas desconocidas y extrañas³⁹ que debían ser embarcadas a Europa conjuntamente con los jesuitas expulsos. Este encargo hizo que los seculares se sintiesen desdeñados y poco apreciados en su difícil desempeño como misioneros en la Amazonía, lo cual dio por resultado la deserción de varios religiosos, que regresaron en breve a Quito. No obstante, la verdadera conclusión es que los nuevos misioneros no estaban preparados ni tampoco tenían vocación para la compleja y dura labor que se les había asignado.

Frente a esta situación, los religiosos franciscanos de Quito se ofrecieron en 1770 como voluntarios, haciéndose cargo de la misión y administrándola hasta 1774. Sin embargo, la situación no mejoró para los pobladores ni para los «neófitos» de Maynas. El número de reducciones seguía disminuyendo ya que los indígenas

³⁸ Las diversas fuentes señalan un número de reducciones para 1768 bastante variado. En el Informe General atribuido al oidor de Quito, Juan Romualdo Navarro, dirigido a su Majestad, acerca del gobierno de la Audiencia, transcrito por Rumazo González y presentado por María Elena Porras (1987), señala la existencia de cuarenta reducciones, si bien la autora adjunta un listado que solo da cuenta de 35. En el mapa n° 3, acerca de Maynas antes de la expulsión jesuita, solo se grafican 31. El historiador Francisco de Borja Medina, S.J., señala que fueron 40 pueblos servidos por 28 misioneros (27 sacerdotes y un hermano coadjutor). Por su parte, Negro (2004) indica que fueron 33 reducciones atendidas por 21 sacerdotes y un hermano coadjutor.

³⁹ «El Príncipe de Asturias se había antojado vivamente de los pájaros de las selvas, y el virrey para complacerle, ordenaba a los misioneros recoger [...] cuantas muestras pudiesen de pájaros y plumas, a fin de que los expulsos transportasen, a más de sus penalidades [...]» (Miranda, 1986, p. 59).

preferían regresar a la selva a quedar abandonados a su propia suerte en las reducciones⁴⁰. En 1774, la Junta de Temporalidades⁴¹ decidió suspender definitivamente la presencia de los franciscanos y encomendar nuevamente la misión al clero secular, esta vez con la obligación que cada religioso permaneciese en ella por un periodo de cuatro años. En 1783 dicha junta ratificó la entrega en propiedad de la misión de Maynas al obispo de Quito, hecho con el que se inició una nueva etapa en la ardua labor evangelizadora en la región.

En relación con la traza y arquitectura misionera, para el siglo XIX el urbanismo reduccional propuesto por los jesuitas dos siglos antes había quedado definitivamente relegado. De las reducciones jesuitas florecientes en los siglos XVII y XVIII se ha intentado sustentar el surgimiento de algunas ciudades de los siglos XIX y XX. Un ejemplo lo constituye la actual ciudad de Iquitos, cuyo origen en algún momento se ha pretendido remontar a dos momentos históricos en la región. El primero de ellos está asociado con la presencia del padre Samuel Fritz, fundador de más de 40 pueblos en el área comprendida entre San Joaquín de Omaguas (situada en el Perú actual) y Tefé de Aisuaris (en el Brasil actual). Fritz estableció la reducción de San Joaquín en 1687 y la volvió a fundar en 1711. No obstante, ninguna de las reducciones por él fundadas corresponde geográficamente con el emplazamiento posterior de dicha ciudad.

Otra de las hipótesis que se exponen —aunque documentalmente insostenible— es que su origen se encuentra en la reducción de San Pablo de Napeanos, establecida en 1737 por el padre Andrés de Zárate. Por último, se ha pretendido relacionarla con las reducciones establecidas en el área a mediados del siglo XVIII por el misionero José Bahamonde⁴². Las que fueron fundadas por este misionero y se hallan documentadas son las de San Juan Nepomuceno de Iquitos (1740), Trinidad de Masamaes (1740), Corazón de Jesús de Iquitos (1747), Santa María de Masamaes (1748) y Nuestra Señora de Loreto de Ticunas (1760). Infundadamente

⁴⁰ Entre los documentos publicados por Miranda, deseamos, a manera de ejemplo, señalar el relativo a la reducción de los Xeberos, en el río Aepena: «[cuando llegaron los franciscanos] a este pueblo, lo más del año en los días domingos y de festividad mayor, quedaban sin doctrina ni misa, por razón de que el padre estaba lo más del tiempo ebrio; que en este mismo tiempo se ahuyentó toda la gente tomando el portante a Moyobamba y Lamas, quedando enteramente el pueblo aislado [...]» (1986, p. 77).

⁴¹ Por Real Cédula de 9 de julio de 1769, se ordenaba constituir en América y Filipinas diez Juntas Superiores de Temporalidades para la administración de los bienes de la Compañía de Jesús en los dominios de ultramar. En el caso de Maynas, se creó la Junta de Temporalidades en la provincia de Quito, bajo la jurisdicción del virrey de Nueva Granada.

⁴² El padre José Bahamonde fue originario de Quito y, aun antes de ingresar a la Compañía de Jesús, fue misionero secular en el Marañón. Su principal apostolado fue entre los masamaes y los iquitos, entre los cuales fundó cinco reducciones que se hallan documentadas, aunque es posible que su número fuera mayor. Formó parte de los 21 sacerdotes jesuitas expulsados de Maynas. Posteriormente, le fue señalado su exilio en la ciudad de Rávena (Italia), donde murió en 1786.

se ha supuesto que los pobladores de la etnia iquitos, establecidos en la reducción de Santa María de Masamaes, se desplazaron —conjuntamente con habitantes de la reducción de Santa Bárbara de Iquitos (de incierto año y fundador)— después de la expulsión de los jesuitas, hacia el paraje de Santa Clotilde a orillas del río Nanay, asentándose allí con el nombre de Santa Bárbara. Finalmente, se infiere que en algún momento durante la primera mitad del siglo XIX, se trasladaron a la extensa planicie entre los ríos Amazonas, Nanay e Itaya, lugar que casi un siglo más tarde, en 1863, cobijó la creación de la ciudad de Iquitos.

Otras referencias poco atendibles señalan la posibilidad de que Iquitos tuviese como origen un grupo de colonos que huyeron de San Francisco de Borja en 1840 a raíz de un ataque de los indios huambisas. Evidentemente, estamos frente a meras suposiciones, algunas de ellas no exentas de cierto romanticismo poético. Con todo, no hay un sustento documental y menos aún arqueológico al respecto. Es absolutamente imposible afirmar que el urbanismo jesuítico virreinal influyó de alguna manera el diseño de esta ciudad republicana. Lo cierto es que cuando el sabio naturalista Antonio Raimondi transitó por Iquitos en el año de 1869 lo describió como una «[...] miserable ranchería de indígenas [...] formados de simples palizadas [...] con el terreno cubierto por un espeso y virgen bosque [...]».

Un segundo ejemplo es el actual poblado de Pebas, situado sobre la margen izquierda del río Ampiyacu, a corta distancia de su desembocadura en el Amazonas. A este asentamiento también se le ha querido asignar un origen virreinal a partir de la reducción jesuita de San Ignacio de Pebas, fundada en 1734 por el padre Nicolás Singler. Cuando en 1743 el geógrafo Charles-Marie de La Condamine⁴³ la visitó durante su expedición científica a la Amazonía hizo una breve descripción del poblado sin incidir en su trazado urbanístico o su organización espacial. Pocos años más tarde, en 1753, San Ignacio de Pebas se hallaba bajo la tutela del religioso jesuita José Casado, quien reiteradamente amonestó a un indio cahumare por convivir amancebado con una mujer. Fastidiado este por las reprimendas, buscó a un compañero de su misma etnia y ambos atacaron al religioso dándole muerte a hachazos. Esto causó un espanto entre toda la población de las etnias cahumares, cahuaches y yaguas, que huyeron despavoridos hacia la selva; y como consecuencia, quedaron en la reducción solo unos pocos pobladores de la etnia pevas.

⁴³ Por iniciativa de la Academia francesa, empeñada en medir el grado del ecuador terrestre en Quito, fue solicitado al rey Felipe V el respectivo permiso para enviar a allí a geógrafos especializados entre los que se hallaban La Condamine, Bouger, Godin y otros. El monarca accedió con la condición de que les acompañaran unos jóvenes marinos españoles: Jorge Juan y Antonio de Ulloa. La expedición (1735-1742) cumplió su objetivo y los marinos prolongaron su estancia en América para cumplir el mandato de Ensenada de averiguar la situación sociopolítica y económica del virreinato del Perú, que expusieron luego en varias obras y especialmente en las «Noticias Secretas de América».

Casi tres décadas más tarde y ya con los religiosos de la Compañía de Jesús fuera del territorio misional, la situación del poblado era la de total desamparo. En el año de 1779 don Francisco Requena⁴⁴ fue nombrado gobernador de Maynas y comisario de la Cuarta Partida de Límites con Portugal. En 1780, al asumir el cargo, se vio obligado, pese a su frágil salud, a viajar al territorio de su gobernación. Al llegar se instaló en lo que quedaba de la antigua reducción de Pebas, donde permaneció durante nueve meses, recopilando entre otras informaciones, notas del estado de las antiguas misiones jesuitas, que posteriormente compilaría en su obra *Descripción de Maynas*. En ella señala que el poblado estaba conformado por unas pocas casas dispuestas desordenadamente.

Para 1788 la situación de Pebas como poblado todavía no se había afianzado. Una vez más los indígenas acusaron al clérigo de «brujerías», debido a una epidemia de viruela y paludismo que assolaba la región; por ello, decidieron darle muerte y regresar al monte. Con ellos huyeron todos los restantes habitantes y Pebas desapareció definitivamente como asentamiento permanente. Años más tarde y con el auge del caucho, reaparecieron algunos pobladores que se asentaron en las orillas del río Ampiyacu, pero con un urbanismo y una arquitectura totalmente distintos. Nuevamente nos hallamos frente a un caso en el cual el poblado del siglo XIX no tiene origen en las reducciones jesuitas de los siglos XVII y XVIII, aunque mantenga el mismo nombre.

⁴⁴ Francisco Requena nació en 1743 en Mazalquivir (posesión española situada en la actual Argelia). Militar e ingeniero destacado, participó en varias obras de fortificación en el norte de África. Fue destinado a América en 1764 y participó en la remodelación de las fortificaciones de Cartagena, Portobelo y Chagres. A partir de 1769, levantó los mapas de la gobernación de Guayaquil y de la ciudad del mismo nombre. Debido a las continuas invasiones portuguesas sobre los territorios de la Amazonía, fue comisionado en 1777, por la Audiencia de Quito, a una expedición a la región. Seguidamente, fue elegido para hacer efectivos los límites establecidos por las dos coronas (española y portuguesa) en el Tratado de San Ildefonso. En 1779, fue nombrado gobernador de Maynas y llegó a la región un año más tarde. Durante su extensa permanencia, recopiló notas del estado de las antiguas misiones jesuitas, que luego compilaría en su obra *Descripción de Maynas*. En sus momentos libres, se dedicaba a pintar acuarelas de los poblados y paisajes que lo rodeaban. No sabemos cuántas fueron en total, pero hasta nosotros han llegado solamente 10, las cuales no están ni firmadas ni fechadas; pero posiblemente fueron realizadas durante la estancia de Requena en Tefé. De estas, seis pertenecen a la expedición de 1782 al Yapurá y sus afluentes, dos a las misiones en el Marañón y dos plasman la construcción de embarcaciones para alcanzar la región de Maynas. Es probable que la colección fuese mucho mayor, debido a que una de ellas lleva el número XVII. Las acuarelas que tienen como tema los poblados son dos. La primera se titula *Vista del pueblo de San Joaquín de Omaguas, provincia de Maynas en el río Marañón* y presenta una reducción emplazada a orillas del río, cuyo puerto quedaba protegido por una isla; el pueblo está compuesto por unas casas e iglesia. La segunda se titula *Vista del pueblo de San Ignacio de Pebas, misión de Maynas en el río Marañón* y lleva la siguiente leyenda: a) iglesia, b) casa-cura c) cuartel, d) embarcaciones de la expedición aseguradas en un estero y e) campamento en una quebrada por lo reducido del pueblo. La misión estaba construída a orillas del río sobre un promontorio. La iglesia está rodeada de casas. Desde el pueblo bajaba un camino al río, donde Requena instaló su campamento.

Un último ejemplo lo constituye la ex reducción jesuita y capital de la misión alta, Santiago de la Laguna, hoy convertida en el poblado de Lagunas. Fundada en 1670 por el misionero jesuita Lorenzo Lucero para evangelizar a los indios cocama y cocamilla, esta fue también conocida en el siglo XVIII con el nombre de Laguna de la Gran Cocama. En 1743, La Condamine la describió como un pueblo con más de 1000 indios armados, pertenecientes a diversas tribus «[...] situado en un terreno seco y elevado y a orillas de un gran lago, a cinco leguas más arriba de la desembocadura del Huallaga [...] la misión principal de todos los Maynas» (La Condamine, 1921[1743], p. 115). Entre 1767 y 1830 este poblado sufrió un abandono parcial y una decadencia general. Solo la navegación fluvial a partir de mediados del siglo XIX le dio nueva vida, al convertirlo en activo puerto. Sin embargo, el asentamiento de mestizos en Lagunas se ha desarrollado en un paraje distinto al sitio utilizado por la reducción jesuita. A unos doscientos metros del sector ocupado por el poblado actual, todavía es posible ver un montículo —considerado por los habitantes como un «encanto» y sujeto a diversos rituales— el cual posiblemente contiene los restos arqueológicos de la antigua e importante reducción de Santiago de la Laguna (Jaime Regan S.J., comunicación personal, 1998).

El desarrollo del siglo XIX, impulsado por la navegación fluvial, la colonización, el comercio y la extracción del caucho, no intentó nunca rescatar al urbanismo jesuita. Todo lo contrario, lo olvidó como si este fuera parte de un pasado remoto o inexistente. Por su parte, el siglo XX planteó en la región de Maynas otras variables tales como la extracción de petróleo, la economía clandestina de los cocales y su oscura interrelación con el terrorismo; todo lo cual trae consigo una dinámica espacial, relaciones interpersonales y formas de asentamiento totalmente diferentes de las de siglos anteriores.

El estudio y reflexión en torno al urbanismo jesuítico en Maynas, considerado con frecuencia como «el paraíso perdido en la Amazonía», así como el balance final de sus aportes y yerros, constituye una investigación con resultados que deben todavía ser evaluados dentro de la problemática general de la evangelización en la región selvática y en un contexto mayor, dentro de la historia de las misiones jesuíticas coloniales.

Bibliografía

- Acuña, Cristóbal de, S.J. (1985[1891]). *Nuevo descubrimiento del Amazonas*. Colección Monumenta Amazónica, tomo 1. Iquitos: IIAP-CETA.
- Anda Aguirre, Alfonso (1955). *Primeros gobernadores de Mainas: los generales Vaca de Vega*. Quito: Abya-Yala.

- Ardito, Wilfredo (1990). Mecanismos iniciales de contacto de los misioneros jesuitas de Maynas. En *Actas del 1º Congreso Peruano de Historia Eclesiástica* (pp. 353-364). Arequipa: Arzobispado de Arequipa.
- Barnuevo, Rodrigo de, S.J. (1985[1643]). *Relación apologética, así del antiguo como del nuevo descubrimiento del río de las amazonas, hecho por los religiosos de la Compañía de Jesús de Quito* (Colección Monumenta Amazónica, tomo 1). Iquitos: IIAP-CETA.
- Bertman, Eric (1994). Pintor y cartógrafo en las Amazonas: Francisco Requena. *Anales del Museo de América* 2, 83-97.
- Biedma, Manuel, O.F.M. (1682). «Memorial presentado al virrey duque de la Palata». Jauja: Archivo de Ocopa, legajo 75.
- Block, David (1994). *Mission Culture on the Upper Amazon, Native Tradition, Jesuit Enterprise and Secular Policy in Moxos (1660-1880)*. Nebraska: University of Nebraska.
- Chantre y Herrera, José, S.J. (1901). *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español (1637-1767)*. Madrid: Avrial.
- Cushner, Nicholas (1982). *Farm and Factory*. Albany: State University of New York Press.
- Echeverría, Manuel de & Francisco de Aguilar y Saldaña (1784). Documentos para la historia de las misiones de Maynas. *Boletín de la Real Academia de Historia LIX(V)*, 338-387.
- Figuerola, Francisco, S.J. (1985 [1661]). *Informe de las misiones del Marañón, Gran Pará o Río de las Amazonas* (Colección Monumenta Amazónica, tomo 1). Iquitos: IIAP-CETA.
- Fritz, Samuel, S.J. (1997). *Diario* (edición a cargo de Hernán Rodríguez Castelo). Quito: Academia Nacional de Historia del Ecuador.
- Grohs, Waltraud (1974). *Los indios del alto Amazonas del siglo XVI al XVII*. Bonn: U. Oberem.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa (1953[1742]). *Noticias secretas de América*. Buenos Aires: Mar Océano.
- Jouanen, José, S.J. (1941). *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito: 1570-1774*. Quito: Ecuatoriana.
- La Condamine, Charles-Marie de (1921[1743]). *Relación abreviada de un viaje hecho por la América Meridional, desde la costa del Mar del Sur hasta las costas del Brasil y de la Guayana, siguiendo el río de las Amazonas*. Madrid: s.e.
- Lucena Giraldo, Manuel (1991[1782]). *Francisco de Requena y otros: ilustrados y bárbaros. Diario de la exploración de límites al Amazonas*. Madrid: Alianza.

- Magnin, Juan (1988[1783]). *Breve descripción de la Provincia de Quito en la América Meridional y de sus misiones de Sucumbios de religiosos de San Francisco, y de Maynas de P.P. de la Compañía de JHS a las orillas del gran río Marañón, hecha para el mapa que se hizo el año de 1740, por el P. Juan Magnin, de dicha Compañía, Misionero en dichas misiones* (Colección Monumenta Amazónica, tomo 1). Iquitos: IIAP-CETA.
- Maroni, Pablo, S.J. (1988[1738]). *Noticias secretas del río Marañón y misión apostólica de la Compañía de Jesús en la provincia de Quito* (Colección Monumenta Amazónica, tomo B-4). Iquitos: IIAP-CETA.
- Martín Rubio, María del Carmen (1991). *Historia de Maynas, un paraíso perdido en el Amazonas*. Madrid: Atlas.
- Marzal, Manuel S.J. (1994). *La utopía posible, indios y jesuitas en la América colonial* (2 tomos). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Miranda, Francisco (1986). *Crisis den las misiones y mutilación territorial*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Negro, Sandra (1999). Maynas, una misión entre la ilusión y el desencanto. En *Un reino en la frontera, Las misiones jesuitas en la América colonial* (pp. 269-300). Lima y Quito: Pontificia Universidad Católica y Abya-Yala.
- Negro, Sandra (2004). Destierro, desconuelo y nostalgia en la crónica del P. Manuel Uriarte, misionero de Maynas. En Luis Bacigalupo (ed.), *Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica, Actas del Coloquio Internacional (Lima, 8 al 11 de abril del 2003)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú y Universidad del Pacífico.
- Ponce Leiva, Pilar (transcripción) (1994). *Relaciones histórico-geográficas de la audiencia de Quito (siglo XVI-XIX)*. Quito: Abya-Yala y Marka.
- Porras, María Elena (1987). *La gobernación y el obispado de Maynas (siglos XVII y XVIII)*. Quito: Abya-Yala y Taller de Estudios Históricos.
- Quecedo, Francisco O.F.M. (1942). *El ilustrísimo Fray Hipólito Sánchez Rangel, primer obispo de Maynas*. Buenos Aires: Coni.
- Regan, Jaime S.J. (1983). Las reducciones de los jesuitas en Maynas. En *Hacia la tierra sin mal: estudio sobre la religiosidad del pueblo en la Amazonía* (pp. 48-58). Iquitos: CETA.
- Rodríguez Castelo, Hernán (comp.) (1997). *Diario del padre Fritz*. Quito: Studio 21.
- Santos, Fernando (1992). *Etnohistoria de la Alta Amazonia, siglos XV al XVIII*. Quito: Abya-Yala.
- Schuller, Rodolfo (1911). Documentos para la historia de las misiones de Maynas. *Boletín de la Real Academia de Historia LIX*, 262-276.

- Stocks, Anthony (1981). *Los nativos invisibles*. Lima: CAAP.
- Tobar Donoso, Julio & Alfredo Luna Tobar (1982). *Derecho territorial ecuatoriano*. Quito: Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Uriarte, Manuel, S.J. (1986[1775]). *Diario de un misionero de Maynas* (Colección Monumenta Amazónica, tomo B-2). Iquitos: IIAP-CETA.
- Vacas Galindo, Fray Enrique (s.f.). *Colección de documentos para la historia del Ecuador* (tomo 7). Quito: s.e.
- Velasco, Juan de, S.J. (1841[1788]). *Historia del reino de Quito en la América meridional*. Quito: s.e.